

TRES MESES DE VIAJE EN EL PAIS VASCO (1877)⁽¹⁾

POR

L. LOUIS-LANDE (2)

(Traducción de «Martín de Anguiozar»)

VIZCAYA

I

Lejanos recuerdos de riqueza y gloria, nombre ilustre en las viejas crónicas, trozos esparcidos de viejo recinto; en el centro, gran plaza rodeada de arcos, diez calles y palacios desiertos convergiendo dispuestos en estrella; como monumento una sombría iglesia gótica, tan húmeda y fría como una tumba, adosada al muro de recinto del que otrora formaba parte con su paseo exterior, sus troneras y almenas; tal es Orduña, villa muerta. Centinela avanzado del Señorío, tuvo durante mucho tiempo el honor de rechazar los incesantes ataques de los invasores; pero la fundación de Bilbao debió serle fatal; varios desastrosos incendios, como los que estallaban en las villas de la Edad Media, precipitaron su decadencia. Después de la guerra de 1833, a despecho de los *fueros* (3), la línea de aduanas fué retrasada hasta la frontera; hasta el comercio de tránsito, que se hacía aún por el camino real, desapareció al construirse la vía

(1) Sabido es que estos artículos que traduce ahora para la R. I. E. V. «Martín de Anguiozar», tomándolos de la *Revue des deux Mondes*, se reunieron en volumen aparte, con el título de *Basques et Navarrais. Souvenirs d'un Voyage dans le Nord de l'Espagne par L. Louis-Lande, Paris Didier et Cie, 1878.* (J. de U.).

(2) *Revue des Deux Mondes*, Paris, Rue Bonaparte, 17; *livraison du 1er Juillet 1877.* (Nota del Traductor.).

(3) Literal y en bastardilla. -(N. del T.).

es encantador de calma y frescura; la calzada, muy bien cuidada, como todos los caminos del País Vasco, sigue el fondo del valle; de alto a bajo, murmura el Baztán, que pronto va a tomar el nombre histórico de Bidasoa; aquí y allá, corderos merinos, entorpecidos por su vellón, cuyo largo pelo sedoso arrastran hasta por tierra, pacen tranquilamente en pequeños rebaños. Pasan arrieros haciendo andar delante de ellos a sus bestias. En ese momento suena una campana, cuatro o cinco más contestan, y sus notas claras desgranándose en el aire despiertan los ecos de los alrededores; una torre cuadrada terminada en cúpula surge en el horizonte. Algunos pasos más y se entra en Elizondo, capital del valle del Baztán.

El burgo de Elizondo por sí mismo no ofrece nada de muy notable: muchas casas viejas, pero tristes y toscas con espesos muros, techos pesados y ventanas enrejadas, más sombrías que días de sufrimiento; la misma piedra con que están construídas ayuda a la impresión general, una especie de piedra rojiza, particular del país, que parece guardar siempre como' trazas de sangre o reflejos de incendio. Las calles estrechas están empedradas con guijos rodados, plantados por el extremo; todo a lo largo, sirviendo de acera, corre una fila de losas sobre que marchan los peatones. Apoyado de un lado sobre la carretera, al otro el burgo está cruzado por el torrente; pero este curso de agua no añade nada al atractivo ni aún a la limpieza del lugar. Durante la estación de las lluvias, en invierno, o en el momento del deshielo de las nieves, el Baztán hinchado rueda a plenos bordes entre las dos hileras de casas que le oprimen; en tiempo ordinario, mucho más modesto, no puede llenar su lecho y detritus de todo género se amontonan en las orillas permanecidas en seco, mientras los muros vecinos exhiben sus cimientos roídos por la humedad y verdes de moho. Durante la primera guerra civil, tomado y vuelto a tomar alternativamente, Elizondo sirvió sucesivamente de cuartel general a carlistas y *cristianos* (2); esta vez los ejércitos han operado más abajo, pero la pequeña villa ha permanecido fiel a sus convicciones antiliberales. Cuando la visité, dos meses apenas después de la guerra, tropas del gobierno se habían instalado en ella albergándose en casa 'del habitante.' Si he visto bien, la armonía no es completa entre los adversarios de la víspera; la burguesía se mantiene separada y cierra sus puertas a los oficiales liberales; el pueblo, a su vez, pone mala cara a los soldados; las mujeres no les hablan, y los hombres vuelven la cabeza al pasar en la calle junto a ellos.

Aisladas en la montaña o agrupadas en los poblados, las casas vascas, en su mayoría, están distribuídas del mismo modo. El conjunto presenta carácter de solidez que nuestra elegancia y otras cualidades arquitectónicas; no tienen más de un piso y forman un cuadrado poco más o menos perfecto; además, no se ha escatimado el espacio. La parte baja está reservada enteramente al ganado; para llegar a la escalera que conduce a los compartimentos de lo alto, hay que cruzar o seguir a lo largo del establo. En el descansillo termina un doble corredor que conduce sea hacia la cocina sea a la habitación principal, completada lo más frecuentemente por dos alcobas; bajo el techo reinan los graneros. Todos los cuartos son cuadrados, muy amplios; desgraciadamente, el piso hundido, las paredes sucias, las vigas ennegrecidas, los mismos muebles negros de mugre y vejez testimonian a menudo la incuria más completa. ¿Será la vecindad de los horribles burgos de Castilla la Vieja y Aragón que ya se hace sentir? Pero estos montañeses tan honrados, tan laboriosos, tan sinceramente sujetos a la vida de familia, tienen en general muy poco cuidado de sus hogares. Por lo demás cada casa está adornada de uno o dos escudos colocados tan pronto sobre la puerta como en el ángulo del muro de fachada, porque mientras en nuestro país las armas son privilegio de un número restringido de familias, todo individuo de origen vasco se engríe de poder enseñar sus cuarteles de nobleza. Esos escudos afectan formas y dimensiones diversas: unos son de labor grotesca, otros por el contrario están esculpidos con arte; varios se acompañan. también de divisas: leones, águilas, leopardos, aves fabulosas, jabalíes, unicornios, todos los animales heráldicos más fieros, torres almenadas, cabezas de moros, manos sangrientas, espadas, se entrecruzan y confunden con sabia mezcla en que la sagacidad del mismo viejo D'Hozier se hallaría en falta. Son propiamente armas parlantes destinadas a rememorar algún acontecimiento glorioso para la familia o el país. Durante la lucha que sostuvo Sancho el Fuerte, rey de Navarra, contra el emir Mohammed-el-Nasr, y que terminó por la brillante victoria de las Navas de Tolosa, un batallón de cristianos, compuesto enteramente por hombres del Baztán, jugaba a las damas para rechazar el aburrimiento. De pronto resonó un grito de alarma; los enemigos, a favor de la sorpresa, llegaron hasta las puertas del campamento y no había tiempo que perder; los jugadores abandonan la partida, toman de prisa sus armas, caen a brazo partido sobre los Sarracenos y no se detienen sino después de haberles puesto

en completa derrota. El rey don Sancho, entusiasmado de tal conducta, dió a aquellos valientes un damero por blasón; sus descendientes lo han conservado con orgullo y aún ahora se le encuentra en Almandoz, en Oyeregui, casi en todas las aldeas que pueblan el valle. Detalle emocionante y que prueba la delicadeza nativa de esos montañeses: cuando fallece un miembro de la familia, el escudo se vela con una gasa y durante un año entero la morada misma lleva el duelo del que vivió bajo su techo y al que no se verá más.

Todo este valle del Baztán no es propiamente hablando sino un anexo de Navarra; para penetrar en el mismo corazón de la provincia hay que franquear el cuello o *puerto* (2) de Velate, elevado más de 800 metros sobre el nivel del mar. Fué en el descenso, cerca de Soramen, donde por primera vez ví trabajar la tierra con la *laya* (2): este instrumento de cultivo es propio del país vasco; lo abrupto de las pendientes, la naturaleza del suelo, duro y arcilloso, la corta extensión de las partes cultivables, son otras tantas causas que hacen casi imposible el empleo del arado. La *laya* consiste en una especie de horca de hierro con dos ramas estrechas, largas de unos 30 centímetros, colocadas paralelamente a un medio pie de distancia y reunidas por un travesaño; solo que el mango, en vez de estar fijo' en medio, se halla sobre uno de los lados. Para utilizarla, el cultivador toma dos, una con cada mano, las hinca ante él. en el suelo, y después, poniendo un pie sobre cada travesaño y apoyando todo su peso, las comunica con el cuerpo un movimiento de vaivén que las hunde más; hecho esto, saltando hacia atrás, con vigoroso esfuerzo da vuelta completamente al bloque de tierra que desprendió así, y continuará del mismo modo siempre en línea recta y hacia atrás. Este trabajo es de los mas penosos; no obstante, toman parte en él las mujeres y hasta los niños. Lo mas frecuentemente se reúnen cuatro u ocho vecinos y convienen en trabajar un día en el campo de unos y al siguiente en el de los otros; se hace la labor con más rapidez y mejor. Los Vascos prefieren con mucho la *laya*, por lo menos en la primera operación que precede a la siembra; entra profundamente en el suelo, desarraiga completamente las malas hierbas y hace tomar el aire a la tierra. Uno o dos niños siguen a los trabajadores y rompen los terrones con una azada.

La ultima aldea que se encuentra en el descenso es Villava; se compone de una calle única, estrecha y larga, que sigue la ruta;

(2) Literal y en bastardilla (N. del T.).

a derecha e izquierda techos enormes, proyectados en saliente, parecen querer juntarse y forman como un *velum* (2) sobre la calzada; algunas casas, más adornadas, pregonan orgullosamente lujosa decoración de florones, follajes, divisas y medallones agrupados y compuestos en, el estilo propio de los artistas del renacimiento en la época en que España, rica con el oro del Nuevo Mundo, dueña incontestable de la mitad de Europa, invitando a las bellas artes a que testimoniaran su opulencia, se cubría de palacios. Pero este villorio se halla situado lo más desfavorablemente a unas cuatro millas de una gran villa fortificada, y como quien dice en la zona militar; así ha sufrido mucho en las dos guerras carlistas. Un escuadrón de lanceros, se encuentra instalado allí por el momento; los caballos que van al abrevadero, asustados al paso de la diligencia, relinchan, se encabritan y sueltan terribles coces contra zócalos y balaustres delicadamente esculpidos, y, encima, soldados chocarreros, mostrando en los huecos de las ventanas su cabeza rapada y su busto en camisa, cuelgan prosaicamente en pasamanos de hierro forjado las piezas de su equipo ecuestre que están ocupados en limpiar. Repentinamente, cambia la decoración: aparece un llano inmenso cercado al horizonte por altos montes grises y despojados en que ligera bruma esfuma las vertientes: es la *cuenca* (2) de Pamplona. No conozco lugar más pintoresco, panorama más completo: en el fondo, sobre ancha meseta tallada casi a pico del lado del llano, la ciudad estiliza en medio de los aires la fina silueta de sus numerosos campanarios; abajo, el Arga, pequeño río de aguas turbias, cuyo curso sinuoso lo marca una doble línea de álamos; más allá, campos de trigo interrumpidos de lejos en lejos por edificios de explotación o por un ramillete de ramaje; alrededor, pequeños pueblos tiñendo con sus muros sombríos la grupa verde de las primeras laderas. Los caminos que conducen hacia la ciudad se hallaban antaño adornados de magníficas avenidas, pero la guerra ha pasado por allí y los árboles han sido derribados; el municipio se encarga de volverlos a plantar.

Se entra en Pamplona por un camino en rodeo y un puente levadizo que se levanta todas las noches. En oposición a tantas otras plazas fuertes enlazadas demasiado sin consideración en su corsé de piedra, ésta respira y se extiende cómodamente en el centro de sus murallas; las calles, sobre todo en los barrios nuevos, son anchas y bien trazadas, las casas, generalmente construídas con ladrillos, tienen aspecto de comodidad y aseo que agrada. Dos paseos, que

se continúan el uno al otro, bordean en el interior la línea de murallas; la *Taconera* (2), el más hermoso, está sombreado de magníficos árboles. Cada atardecer de verano la población entera se cita allí. Mujeres jóvenes y muchachas pasan por pequeños grupos, coquetas, vivarachas, confiadas en su belleza, la mantilla negra sobre la cabeza y a sus pies el lindo zapatito descubierto que hace rechinar la arena de las alamedas; los grandes ojos negros chispean, los abanicos se estremecen y chasquean, las faldas susurran y se balancean. Según costumbre española, los hombres no dan el brazo a las damas; se mantienen a los lados; se ríe, se parlotea, se interpela en alta voz con libertad completamente meridional (3). Durante mucho tiempo los reyes de Navarra no llevaron otro título que el de reyes de Pamplona. Por otra parte, la ciudad ha conservado pocos recuerdos de aquellos días lejanos en que era capital de un reino poderoso. Edificada por Carlos el Noble, la catedral es del gótico más puro. Un pesado portal del siglo último, compuesto de columnas corintias y de un frontón triangular, deslucen la entrada; las dos mismas torres, que del bajo de la carretera de Villava eran de efecto tan encantador, están construídas en ese mismo estilo greco-romano cuya simetría y línea recta son casi los únicos distintivos. Pero en cuanto se ha empujado la puerta, ¡qué de magnificencias! La vista se deslumbra. Especialmente el claustro, ese anexo indispensable de las basílicas españolas, sobrepasa toda imaginación, aunque no sea de dimensiones muy amplias, por la misma armonía de sus proporciones que permite gustar mejor lo acabado de las figurillas, la ligereza de los arcos, la delicadeza exquisita de los filetes y columnatas. La puerta de la derecha, pasando por la iglesia, es por sí sola una obra de arte; toda esta piedra está ahuecada, escudriñada hasta el milagro. En medio del claustro se extiende un jardincito inculto; flores y arbustos convertidos al estado silvestre confunden su follaje en intrincado desorden; plantas trepadoras enroscan sus vigorosos tallos en torno a las columnas e invaden hasta los arquivitros. Las raíces, por un trabajo lento, desellaron las losas que delimitan el recinto, y una hierba espesa oculta las sendas; en uno de los ángulos un ciprés solitario, contemporáneo de los viejos preladados que yacen junto a él bajo la fría piedra, alza melancólicamente su cabeza sombría y su tronco despojado. Se emociona uno casi a pesar suyo; este abandono, este silencio,

(3) Meridional con respecto al país del autor (N. del T.).

la frescura misma que reina en este reducto sepulcral, parecen invitar al alma hacia el recogimiento y la oración.

Completamente distinta es la impresión que se siente en la sacristía de los canónigos. En tesis general, si se visita una iglesia de España hay que tener cuidado de no dejar la sacristía. Como comodidad, como elegancia, la de Pamplona pudiera servir de modelo: sobre sus paredes tiéndese el damasco rojo; frescos espléndidos cubren las altas bóvedas; más abajo, pequeños cuadros de estilo ingenuo, muy antiguos, tratan de asuntos religiosos; en todas partes espejos, ebanistería, dorados; lindas consolas Luis XV caprichosamente contorneadas al pie sobre mármol ocupan cada ángulo; en una hendidura, hecha expresamente, un amplio lavabo de mármol gris provee por dos grifos de cobre el agua necesaria para las abluciones del capítulo. Suspendido en la pared de la derecha, a la entrada, noto un retrato de aspecto bastante grande: es el del prelado que a su costa hizo construir y decorar en el último siglo esta sala; una inscripción pomposa recuerda, al mismo tiempo que sus virtudes, sus nombres, apellidos y cualidades. ¡Es cierto que nuestros buenos canónigos no pudieron hacer menos por el hombre generoso al que deben el estar tan bien alojados!

Después de su catedral, a falta de otros edificios preciosos para el arte o los recuerdos, Pamplona tiene el *Vínculo* (2). La institución data de 1529. En aquel tiempo terribles hambres asolaban periódicamente, a la Península. El municipio de Pamplona imaginó consagrar 10.000 libras navarras a la compra de granos que cedería al público si el trigo llegara a faltar; más tarde, quiso fabricar y vender el pan, y hasta obtuvo por privilegio real que ningún panadero pudiera ejercer su profesión en la ciudad. En 1836 la venta del pan fué permitida a todos, pero el *Vínculo* subsistió y sirvió para regularizar la alza y baja de los precios. Desde entonces ha podido con sus beneficios hacer construir sobre el paseo de Valencia un magnífico establecimiento donde el pan se fabrica mecánicamente y donde todos los perfeccionamientos de la ciencia moderna se encuentran aplicados. Las familias que quieren interesarse en el *Vínculo* proveen cierto número de hectolitros de trigo, recibiendo a su vez mediante un canon anual el pan que necesitan para su consumo. Este pan resulta poco más o menos al mismo precio que en todas partes, pero está mejor elaborado y es de mejor gusto.

La solicitud municipal no se detiene ahí; las mercancías de toda clase destinadas a la alimentación pública son vigiladas con exac-

titud; en el mercado, que está junto al ayuntamiento, reinan orden y limpieza admirables. El *contrapeso* (2) merece sobre todo la atención: todo comprador tiene derecho a hacer fiscalizar por las balanzas públicas el peso de lo que acaba de comprar. Además, el municipio tiene por su cuenta en el mercado un lugar para los artículos de primera necesidad tasándolos con la tarifa más equitativa. ¿Qué importa entonces que los comerciantes, concertados o separadamente, eleven hasta con exceso el precio de los artículos? El público irá a proveerse a las tiendas municipales.

Por el doble título de plaza fuerte y capital, Pamplona debía excitar la codicia de los carlistas, pero no eran fuertes por este lado; les faltaba artillería para llevar a cabo un asedio en regla, y contentáronse con bloquearla. Porque la ciudad ha hecho frente a las armas del pretendiente, no se debe creer que toda la población sea liberal; ahí, como en todas partes de Navarra, los carlistas están en mayoría. Como yo me asombrara ante uno de los diputados de la provincia de que las damas y las muchachas hicieran tan buena acogida a los oficiales del ejército, en oposición a lo que yo había creído ver en otras partes, interrumpió mi interlocutor: «—Bueno, bueno, no vayamos tan de prisa; primeramente, son encantadores esos pequeños húsares de la princesa con su hermoso uniforme blanco y azul, sus cordones, sus finas botas y sus galones. Por apasionada que se esté en política, no se ven disgustadas, cuando se saben bonitas, de dar algunas vueltas al paseo junto a un gentil muchacho, y además ¡qué mejor manera para adormecer al enemigo! Se ríe Vd., pero sin embargo nada es más serio. Es cierto que yo no pretendería que todas nuestras hermosas se hallen dispuestas a adelantarse tan lejos como lo hicieron otrora Judit y Holofernes, en interés del pueblo de Dios, pero aún teniéndolo en cuenta no hallareis diez que no vean detenidas sus convicciones y que no trabajen por lo bajo por la causa de don Carlos». Durante el sitio, la cifra de la población bajó de más de 20.000 almas a 46.000; la mayoría de los jóvenes servían en el otro campo y muchas familias se habían retirado también a las villas ocupadas por los carlistas; entre las que quedaron, a más de una se la sospechaba de mantener inteligencia con el exterior. La guarnición, de apenas 1.000 hombres, se componía de un batallón incompleto de la reserva de Cádiz— esos desgraciados Andaluces (4) se morían literalmente de frío bajo

(4) Escrito con mayúscula (N. del T.).

este cielo inclemente— más cierto número de guardias civiles, carabineros y artilleros. Una gran parte del honor de la resistencia se debió a los liberales de la ciudad organizados en milicia. No tuvo sino éxito a medias una primera tentativa hecha por el general Moriones para abastecer a la capital (5). Al fin del mes de enero de 1875, engañando a Mendiry que le esperaba en sus formidables posiciones del Carrascal, vuelve al este, se empeña primero en el camino de Sangüesa, cae después hacia el norte y entra en Pamplona casi sin tirar un tiro. Era ya tiempo, porque gracias al Vínculo se tenía aún pan, pero el tifus comenzaba a hacer estragos. Los carlistas engañados se replegaron sobre Estella, que ocupaban ya desde hacía más de un año.

II

Se ha dicho a menudo que la incuria e incapacidad del gobierno central hicieron más al principio por los progresos de la insurrección que todo el talento de los generales carlistas o el valor de sus soldados; la toma de Estella es una prueba. Por una negligencia imperdonable, cuando ya partidas armadas recorrían el país, no se dejó allí sino una guarnición insuficiente a la cual se unieron algunos voluntarios republicanos; encerrados en el convento de San Francisco, amplio edificio irregular mal o bien transformado en fortaleza y situado un poco fuera del burgo, esos bravos tuvieron que sostener dos sitios sucesivos. Un oficial de la mayor energía, teniente del ejército, don Francisco Sanz, les mandaba; murió algún tiempo después a consecuencia de las fatigas. El convento contenía gran cantidad de pólvora; un cabo de voluntarios se encargó de vigilar el depósito con juramento de aplicarle fuego si los carlistas conseguían forzar la entrada. En vano Dorregaray, jefe enemigo, había ofrecido a los sitiados la rendición; para vencer la resistencia tuvieron los carlistas la idea de presentarles a sus mujeres y niños, de quienes se habían apoderado.

Obligados por la proximidad de las columnas liberales a alejarse un momento, los carlistas reaparecieron pronto. Todo lo que puede imaginar el odio, ayudado de la rabia y el despecho, fué puesto

(5) En unas veinte líneas se extracta la biografía del general Moriones (N. del T.).

entonces en obra: bombas de petróleo, la mina, el incendio (6). Por un refinamiento de atroz crueldad, las campanas del pueblo no cesaron de sonar el toque de agonía y la música militar de los sitiadores ejecutaba marchas fúnebres. De su lado, los sitiados habían enarbolado sobre el fuerte una gran bandera negra. No obstante, el sitio duraba ya ocho días y la explosión de una mina sacudió los muros de ladrillos del convento; de 500 hombres que contaba al principio la guarnición, quedaban apenas 40 sin heridas, y fué preciso rendirse. Pero los mismos carlistas se habían afectado ante tanto heroísmo, y los defensores de la fortaleza obtuvieron el poderse retirar libres, aunque sin armas, a través de las líneas enemigas.

Se va a Estella por la carretera que conduce de Pamplona a Logroño. Después de haber ascendido las alturas que rodean a la cuenca, se continúa elevándose por una serie de cumbres en pisos; el paisaje es triste y severo; el suelo pedregoso no produce sino vegetación débil y rara, espesuras de tomillo y retama, de un tinte uniforme tirando a rojizo. Sobre la otra vertiente, entrando en el llano, se encuentra Puente la Reina rodeado de agua por tres lados; todo su territorio está plantado de viñedos, y el vino que produce es muy estimado. Hace poco aún alamedas seculares velaban como una cortina verde la entrada del pueblo; cayeron bajo el hacha de los soldados; troncos enormes aparecen cortados a ras de tierra con sus raíces nudosas que no quieren morir y de donde la primavera hace brotar en haces multitud de vigorosos retoños. Puente la Reina se compone de tres largas vías horizontales unidas por varias callejuelas; un gran edificio le termina al norte, que fué antiguamente convento de templarios. ¡Qué hermosa fábrica se podría hacer! Los largos claustros, las salas profundas, parecen esperar una muchedumbre de alegres obreros cuyos oficios o martillos despertaran esta soledad, sacudieran este silencio de muerte, pero aquí no existe la industria. Tal es la mala suerte de España, que las medidas de la paz no la son menos funestas que las devastaciones de la guerra; bien visto, la expulsión de los Moriscos o la supresión de las órdenes religiosas han dejado tantas ruinas en la Península como las armas de los Abd-er-Rhman o los soldados de Napoleón I.

Pequeños fortines en forma de blockaus coronan las alturas

(6) Aquí el autor parece olvidar por un momento que la guerra no es sino «todo lo que puede imaginar el odio, ayudado de la rabia y el despecho, traducidos por aquella Época en bombas de petróleo, minas, incendios y fusilamientos» (N. del T.).

vecinas; estas obras, alzadas por los liberales a medida que ganaban terreno, se comunican entre ellas por un sistema de señales. Se sale de la villa por un viejo puente de piedra muy marcado en forma de espalda de burro, estrecho como un pasillo. Más allá, un barrio destruido presenta tristemente bajo la luz cruda del sol sus edificios destrozados, ruinas de ladrillo y adobe. Durante tres años carlistas y liberales se han disputado palmo a palmo este trecho. Me aquí primero a Mañeru dominado por un fuerte imponente; más lejos Cirauqui y su iglesia, donde se cometió el asesinato de los voluntarios. Treinta y siete de estos desgraciados perecieron, consiguiendo salvarse tan solo veintitrés. Entre los supervivientes estaba un joven de figura imberbe y plácida, pero singularmente resuelto, Tirso Lacalle, apodado el Jiboso, que juró vengar a sus camaradas y que cumplió su palabra: al frente de una contraguerrilla no tardó en llegar a ser el terror del partido contrario. Con él, no había cuartel; después de cada acción, él mismo iba a contar los muertos y, cualquiera que fuese su número, se le oía murmurar: «¡Me faltan aún 37!»— Vienen en seguida Lacar y Lorca, dos localidades conocidas por una sorpresa de que fueron víctimas los generales alfonsinos. La carretera, que desciende rápidamente, se arrastra, vuelve, se retuerce y huye como una serpiente a las pendientes de las montañas. Ya se yerguen en la lejanía las masas sombrías de Monte Esquinza y Santa Bárbara, posiciones temibles, fortificadas con gran gasto por los liberales, y de donde fulminaban sus baterías contra toda la campaña alrededor de Estella; en lo bajo, en fin, multitud de aldeas carlistas de recuerdos sangrientos, sucias, destruidas, casi desiertas. Sobre todo Villatuerta está espantosa a la vista; tan solo el pincel podría dar idea de ese montón desordenado de escombros con techos desplomados, muros hundidos, ventanas sin marcos; el mismo suelo, árido y rojizo, cubierto de piedras, completa siniestramente la armonía del cuadro. Es ahí donde fué detenido por los carlistas aquel capitán Schmidt, corresponsal de un diario alemán, cuya aventura ha hecho algún ruido en la prensa; siendo el primero que entró en la aldea, como no notara enemigos, hizo señales con su pañuelo a los soldados liberales que le seguían a distancia; fué apresado y en seguida pasado por las armas sin otra forma de proceso.

Sin embargo, Estella no aparece aún; el horizonte está cerrado por montes grises que forman como un muro a pico; una avenida de hermosos árboles, felizmente respetados, sigue el curso del Ega y conduce derecho al obstáculo, mas de pronto el río hace un recodo y

el camino con él. En este sitio comienza Estella, y el desfiladero es tan angosto, las rocas tan cercanas unas a otras, que dejan apenas lugar para una sola calle recta y profunda, empedrada con piedras planas; pronto las vías se multiplican, la villa se extiende en anchura y se desemboca sobre la gran plaza, casi completamente rodeada de arcos. Estella lleva una estrella como arma parlante. A pesar de este emblema, aunque bien construída, su aspecto general no es brillante. Su importancia fué grande en la Edad Media. Los judíos la eligieron para uno de sus centros principales. Cuatro puentes de piedra, de los cuales no subsiste más que uno, unían entonces los bordes del Ega; el barrio de la orilla izquierda se prolonga entre el río y el pie de un pico muy alto, muy puntiagudo, que domina la villa. Triste y silencioso, este barrio sirvió antaño de primer núcleo a la población; así lo atestiguan sus viejas iglesias y sus palacios medio destruidos. 'Un poco más arriba, sobre una meseta aislada, puntean las ruinas de un convento de dominicos, éstas mucho más recientes, pues datan de la confiscación de bienes del clero. A través de las bóvedas hundidas, los rosetones y las ventanas abiertas y sin vidrieras, circulan libremente el sol y la luz; los largos muros sin apoyo cortan en el aire su silueta descarnada pero majestuosa aún; la yedra ha tapizado con su verde follaje uno de los flancos de la capilla. En el interior, en medio de tumbas violadas, de estatuillas mutiladas, de columnas y cornisas que yacen por tierra, los habitantes de la villa han grabado sobre las paredes, en prosa o en verso, según inspiración momentánea, sus pesares, sus deseos y sus esperanzas.

Esas esperanzas, esos deseos, se conciben sin dificultad: Carlos VII sobre el trono, la revolución vencida, los conventos restaurados, porque aquí estamos en pleno hogar político y religioso. Estella, como se ha dicho, es la ciudad santa, la Meca del carlismo. Ya en 1835 el primer pretendiente, Carlos V, había establecido allí su corte; el nieto la ha habitado algún tiempo. Mientras en las tres provincias la inmensa mayoría es *fuerrista* (2), celosa ante todo de los antiguos privilegios del país, en Navarra, donde los fueros (2) han desaparecido en parte desde 1841, se es más propiamente *carlista* (2), porque es, más que respeto, verdadero culto el que se rinde a la persona y a la familia reales. Una sola cosa iguala a esta abnegación hacia la pretendida monarquía legítima: el odio profundo, inexplicable, que todas estas gentes han jurado a las ideas liberales, hasta constitucionales, y a sus representantes. «¡Liberales aquí!

—exclamaba una dama anciana, seguramente muy respetable, con tono ardiente, mirada de fuego, sonrisa particular plegando sus labios delgados—; ¡liberales, no los tenemos, gracias a Dios!..... Quizás diez o doce que se ven a veces circular por la calle, y ¡cómo se les conoce en su pinta de renegados!». Estas últimas palabras estaban dichas con aire de triunfo y acento airado que me chocaron. Y de hecho, ¿puede creerse que en una población de apenas 6.000 almas, Estella haya podido proveer 800 hombres a la insurrección? En las otras villas navarras, en Puente la Reina, en Elizondo, la proporción era la misma. En ciertos valles no se hallaban más que mujeres y niños; hasta los viejos se habían marchado.

¿Cómo explicar entusiasmo tal, tan desinteresado y tan general? Las razones políticas no bastan. Por grandes que fueran el respeto y la afección de que rodeaban aún a la rama cadete de los Borbones, los Vascos (4) no soñaban de ningún modo en reivindicar sus derechos por las armas, como lo prueba superabundantemente la larga tranquilidad de que ha gozado el país durante el tan turbado reinado de Isabel II; el partido absolutista, abandonado a sí mismo, se iba muriendo en España, un poco como en todas partes; el partido teocrático que ha hecho por sí solo su fuerza, es el que ha galvanizado este cuerpo helado y le ha devuelto por un momento su semblante de energía. No se trata aquí únicamente de los curas-guerreros, como Santa Cruz, los curas de Flix o de Prades, que predicando con el ejemplo, sable al costado y revólver al puño, han conducido ellos mismos sus feligreses a la batalla; sino que los órganos religiosos se complacieron en presentar al pretendiente don Carlos como defensor y brazo derecho del catolicismo ultrajado. Las persecuciones de la iglesia, los sufrimientos del papa-rey, la presencia de Amadeo, un extranjero, sobre el trono el hijo del *excomulgado* (2), las nuevas reformas sociales, la libertad de conciencia altamente proclamada, todas las circunstancias políticas y religiosas de Europa en general, y de la Península en particular, fueron puestas en juego, comentadas con habilidad e insistencia que no han dejado de aportar sus frutos. Que entre esos apóstoles de la guerra santa muchos hayan procedido con arreglo a su conciencia, no lo negaremos; los mismos excesos del gobierno de entonces, ciertas teorías malsonantes emitidas en plena cámara, debían herir muchas convicciones, perjudicar también muchos intereses. Lo que es evidente es que el clero español casi en su totalidad ha sostenido más o menos abiertamente la causa de don Carlos. Me encontraba en Mugairi, punto de cita

de diligencias en los alrededores de Elizondo; se detiene algún tiempo en este lugar y los viajeros bajan para almorzar en la *posada* (2). Entre los huéspedes había dos eclesiásticos que hablaban en voz baja; junto a ellos, un capitán de carabineros en uniforme, joven, de bigote negro y rasgos enérgicos. Durante el descanso estuvo, como se dice, de un humor terrible, olvidando a propósito el pasar los platos, protestando sin cesar contra la cocina, contra el vino, contra el servicio, cosas de las que no debe inquietarse nadie en una posada española. Al llamamiento de uno de los conductores, los sacerdotes se levantaron, pagaron su parte y salieron; el oficial tuvo entonces un suspiro de satisfacción y, como yo le miraba a la cara, dijo estallando de repente: «Pues bien, sí, es más fuerte que yo el que no pueda verles tan de cerca. ¡*Santa Virgen!* (2)». Cada frase era cortada así, del modo más extraño, por una piadosa exclamación. «Ellos, los ministros de paz, soplan la guerra. ¡*Madre de Dios!* (2), he aquí pronto tres años que batallo de Cartagena a San Sebastián y de Bilbao a Peña Plata, y me he cruzado con muchos curas en mi camino; pues bien, puede Vd. creerme que no he encontrado uno sólo, ni uno, ¿me oye Vd?, que no nos desee ser acogidos por los carlistas en la próxima ocasión. ¡*Por Dios!* (2), ¿somos perros rabiosos? También yo, a mi vez, les he declarado la guerra. Fuí educado en la religión como los demás, y era apostólico romano, *señor* (2), pero ahora, ¡*María Santísima!* (2), soy ateo y no quiero creer en nada». El bravo mozo exageraba, pues no era sino un excéptico, y creía todavía, a pesar de todo, en muchas cosas; solo que estaba enojado.

Sin hablar de Cataluña o de Aragón, que han provisto al pretendiente de voluntarios por millares. no faltan gentes en el resto de la Península que por varios motivos aborrezcan las ideas liberales, y los carlistas pululan en Madrid y lo mismo en el sur, en Toledo, en Sevilla; pero ningún terreno por naturaleza era más favorable que el país vasco para sostener la lucha proyectada contra la revolución, y tampoco en ninguna parte las poblaciones estaban mejor dispuestas a recibir la semilla de desafío y odio que se quería hacer germinar. No se puede imaginar cuán viva ha permanecido la fe en estas montañas. La religión no es aquí, como en las ciudades, asunto de costumbre, sino la gran cuestión de la vida; como consecuencia, no existe la tolerancia; tienen todavía en eso las ideas de la Edad Media. Un comandante de don Carlos, internado algunos meses en La Rochela después de la guerra y de vuelta a su hogar,

se quejaba ante mí del tiempo que había permanecido en Francia, y ¿sabéis lo que le chocó más? Que en La Rochela fueran protestantes más de la mitad de los habitantes. «¡*Jesús María!* (2), ¿pero es posible?, exclamaban en coro, juntando las manos, las buenas mujeres que le escuchaban.

Un escritor del mayor mérito y que al mismo tiempo es hábil hombre de estado, Cánovas del Castillo, principal autor y primer ministro de la restauración, en un estudio acerca del país vasco cita un ejemplo de este fervor de los montañeses. «Era, —escribe—, el 16 de julio de 1872, día de la Virgen del Carmen. Preocupado de los males que podía acarrear la guerra civil y que tal vez no fueran los mayores de que estaba amenazada entonces España, me dirigía por Elizondo hacia la frontera; no hubo hasta allí incidente digno de ser anotado salvo el encuentro de tres o cuatro insignificantes partidas carlistas que dejaron pasar tranquilamente la diligencia. La tarde se anunciaba apacible, durante el día el calor no fué excesivo, y seguíamos rápidamente el descenso que contornea un poco el valle que de Urdax conduce a Dancharinea, cuando apareció una mujer que desde el pie de la cuesta corría hacia nosotros gritando: «¡Aquí está, aquí está y ya ha comulgado!». A las preguntas de los viajeros sorprendidos de sus palabras, cuyo sentido ignoraban, la mujer respondió como loca: «¡Es Carlos VII quien ha comulgado al llegar!». Tal como es, el grito de esta mujer, expresión de un acto tal vez imaginario, simboliza muy bien a mi parecer la situación presente. «¡Ha comulgado, ha comulgado!», lo que quiere decir: «¡El hombre que viene ahora a mandarnos, comulga como nosotros, como nuestros maridos y nuestros hijos, mientras que los otros, los de Madrid, no! ¡Bien venido sea, pues, a esta tierra!». Y el señor Cánovas prosigue: «Por contrarios que seamos á la causa carlista, ¿podemos desconocer que no haya ahí algo de grande y que merece respeto? Sabéis bien, vosotros que habláis sin cesar del reinado de las ideas y de la superioridad de los principios sobre las cosas reales, que esas gentes son también hombres de ideas, ellos que sinceramente, con el corazón alegre, sacrifican a su convicción, a su fe religiosa, todo interés material, toda afección terrenal, y que van hasta comprometer sus privilegios históricos».

No se podría decir mejor ni con más justeza. El clero ha sabido admirablemente aprovechar los elementos que tuvo en mano; a esos hombres ingenuos se les ha dicho que la revolución no respetaría nada del pasado, que la misma Iglesia estaba en peligro, que

había que tomar una resolución, y se han alzado como para una cruzada. En su obra de predicación, el clero no ha tenido auxiliar más activo ni más útil que las mujeres; en efecto, en las naciones católicas, éstas conservan más vivos que el hombre los sentimientos religiosos. ¿No se ha visto hace poco en el mismo Madrid firmar a las damas de la más alta sociedad súplicas en favor de la unidad religiosa amenazada en las cámaras por sus maridos? En Navarra, esta religiosidad de las mujeres se lleva al extremo; el sacerdote es el dueño de su voluntad y de su conciencia; con esto y dotadas de energía completamente varonil, apenas se pronunció la palabra guerra, las Navarras (4) se cambiaron en Furias. Excitando a los tímidos, exaltando a los fuertes, colocaban con sus propias manos sobre el pecho de sus esposos e hijos el escapulario adornado con el sagrado corazón de María y les enviaban resueltamente a matar o a morir en defensa de la religión. Pero junto a la persuasión, la fuerza ha desempeñado también su papel. A pesar de su devoción sincera, buen número de esos bravos montañeses no hubieran deseado sino permanecer en sus casas y cultivar en paz su parcela de tierra. El primer intento de sublevación, tan rápidamente sofocado en Oroquieta, hizo gran impresión en los espíritus de Navarra. Era preciso a todo precio despertar el entusiasmo. Entonces empezó a funcionar ese sistema de intimidación y violencia que, desaprobado diplomáticamente por los jefes, no dejó de rendir los más prácticos servicios al partido. Partidas de aventureros sin legalidad recorrían la campiña, penetraban por sorpresa en aldeas y casas aisladas y reclutaban todos los jóvenes en edad de tomar las armas; así se completó más de un batallón de *voluntarios* (2) de don Carlos. En el país vasco las mujeres acostumbran a llevar sus cabellos, que son muy hermosos, en dos trenzas que caen hacia atrás y bajan a veces hasta las rodillas. A las que se sospechaba que pertenecían al partido contrario, los carlistas las cortaban sin piedad el cabello. Este procedimiento les llegó a ser tan familiar que no andaban sin llevar colgando del cinto uno de esos pares de tijeras que sirven allí para esquilarse a las mulas (7).

.....
 Por su posición estratégica, por el carácter de sus habitantes, por los mismos recuerdos que van unidos a su nombre, Estella debía

(7) Siguen dos páginas dedicadas a la sima de Iguzquiza, a los crímenes atribuidos al cabecilla Rosa Samaniego y a su ejecutor apodado *Jergón* (N. del T.).

constituir el principal objetivo de los liberales en Navarra, y, en efecto, después de la liberación de Bilbao, el mariscal Concha, entonces a la cabeza del ejército del Norte, resolvió marchar sobre esa villa y terminar la victoria. El 27 de junio por la mañana, los adversarios se prepararon para un esfuerzo supremo. La batalla duraba ya dos días cuando una serie de ataques vigorosamente conducidos habían hecho a los liberales dueños de las aldeas que coronan las alturas al este antes de Estella. El mariscal se encontraba en Abarzuza, donde sus tropas entraron la víspera por la noche, y su movimiento envolvente había tenido éxito rechazando en toda la línea a los enemigos, cuya ala izquierda desbordaba. Quedaba por apoderarse del Monte Muru, llave de la posición, pues de allí se dominaba la villa. y se tomaba en flanco las trincheras carlistas. Para hacerlo bien, debió atacarse desde la mañana, pero no llegaba un convoy de víveres esperado desde hacía treinta y seis horas, retrasado por el mal tiempo y desviado por sus guías. El mariscal, hirviendo de impaciencia, hizo distribuir de prisa a la columna de vanguardia el contenido de algunos barriles de tocino que los carlistas abandonaron en su fuga la víspera; después, como el día avanzaba, dió orden de atacar. «Cenaré en Estella», había dicho al levantarse de la mesa. Durante este tiempo, ardía Abarzuza; algunas casas incendiadas, por descuido o por otra causa en este desorden de una toma por asalto y de una ocupación armada, habían comunicado el fuego a la mitad de la aldea.

En este sitio, la carretera de Alsasua a Estella, después de haber franqueado un arroyo, se eleva gradualmente hasta unos 150 metros de un pico que contornea por la izquierda; la cima de este pico estaba ocupada por una casa aislada, el *caserío* (2) de Muru, que le dió su nombre. Los carlistas, aprovechándose de las ventajas de la posición, establecieron sobre la pendiente que mira al camino terraplenes y fosos a manera de reducto; además, las montañas, cubriendo su izquierda, estaban surcadas de varias filas de trincheras angostas, justamente lo suficientemente anchas para dejar pasar a un hombre, pero-ampiamente guarnecidas de defensores. Mendiry había recomendado a sus Navarros (4) que no se descubrieran, que cuidaran su tiro y que, cuando llegara el momento, cayeran a la bayoneta sobre el enemigo. Esta táctica, bien comprendida y bien ejecutada, decidiría el resultado de la jornada. Los jóvenes soldados de Concha se lanzaron al asalto con ardor; el camino era largo, la cuesta árida de escalar; redoblaba el mal tiempo, les privaba de la vista del ene-

migo el viento que les echaba la lluvia a los ojos mientras las balas carlistas hacían blanco seguro, pero avanzaban, aunque poco a poco, resbalándose en el barro a cada paso, ayudándose a subir por las breñas y asperezas del terreno. Algunos consiguieron llegar hasta las trincheras carlistas, pero extenuados, separados, sin orden; una carga a la bayoneta, ejecutada por los defensores de las trincheras, los barrió fácilmente. En la meseta, a pesar del fuego que les diezmaba, se reformaron y volvieron a subir; una vez más penetraron en las líneas carlistas, pero de nuevo fueron arrojados hacia atrás. La cifra de las pérdidas bastaría para demostrar lo que se gastó de heroísmo en esta lucha fratricida. Nunca, aún en sus días de triunfo, mostró el ejército liberal mayor valor y abnegación.

En el mismo momento, otro ataque contra la aldea vecina de Murugarren fué igualmente rechazado. Concha sintió que se le escapaba la victoria; caía la noche, envió a la división que flanqueaba su derecha orden de combinar sus esfuerzos contra Monte Muru, juntó todas las tropas que tenía a mano, las reunió a los restos de la brigada de vanguardia, y por tercera vez las lanzó al asalto. Tal vez hubiera valido más aceptar francamente la derrota sin obstinarse en una lucha que se convertía cada vez en más desigual. El combate se reanudó más terrible que nunca. El mismo mariscal, a caballo, anteojo en mano, se lanzó hacia adelante para quedarse solo con su ordenanza; todos los oficiales de estado mayor iban de un lado a otro llevando órdenes, cuando una bala salida de las trincheras de la izquierda le hirió en pleno pecho, y cayó sin haber podido pronunciar una palabra. A los gritos de su ordenanza, algunos soldados y oficiales acudieron y le condujeron respirando apenas a la misma casa en que había pasado la noche (8).

.....

La, casa donde fué transportado forma el ángulo de una pequeña plaza, casi al extremo de la aldea; sobre la fachada, se nota una ventana protegida al exterior por una reja de hierro y el indispensable escudo sobre la entrada. Pasando la puerta, dejando al fondo el establo y la escalera de madera, siete u ocho peldaños conducen por la izquierda a una gran habitación oblonga baldosada de ladrillos recubiertos por una estera; siempre a la izquierda de la entrada, se abre una alcoba bastante oscura, a pesar de sus puertas de cristales y de sus muros blanqueados con cal; como muebles, una cama

(8) Durante un par de páginas se extracta la biografía del general Concha (N. del T.).

pequeña de hierro y dos o tres sillas; al pie de la cama, un gran cuadro sombrío tratado a la manera española representando al Cristo sobre la cruz. Allí fué colocado el mariscal; algunas gotas de sangre tiñen aún las baldosas. Menos de dos o tres horas después, expiraba sin haber vuelto en sí, y se apresuraron a llevarse el cuerpo. ¡Horrible es la guerra civil! España acababa de perder uno de sus hijos más gloriosos; pero, mientras se leía la consternación en las caras de oficiales y soldados liberales, los habitantes de Abarzuza apenas podían disimular su alegría. Aparte de que todos contaban parientes o amigos en las filas contrarias, estaban equivocadamente persuadidos de que Concha fué el primer autor del incendio iniciado la víspera, y la fe quería ver en su derrota y en su fin tan rápido un justo castigo del cielo.

Quise visitar el lugar del combate; un muchacho, niño de unos doce años, carlista por padre y madre, me conducía. Hablando de los liberales, no les llamaba nunca sino *crístinos* (2), como antaño. Los atrincheramientos de Monte Muru, hoy rellenos por orden de la autoridad militar, no son menos visibles; sobre la izquierda, la tierra removida destaca por su color amarillo sobre el fondo baldío de la cadena y marca netamente el lugar de las trincheras carlistas, abrazando como una red todos los declives. De esta altura la vista abarca inmensa extensión del país. Acá y allá puntean las aldeas en que hubo lucha: Abarzuza, Murugarren, Zerucain, Zabal, Grocin; el niño me las muestra con el dedo diciendo sus nombres. Desde el día siguiente a la batalla, se había apresurado con toda la población de Estella a acudir al campo de la carnicería. Me contaba lo que vió: las cosechas destruídas, los árboles destrozados por las balas; en el camino debajo de Muru, cadáveres de liberales, tan numerosos que se tocaban. Los vencedores les habían despojado de sus ropas, y durante más de dos días los cuerpos desnudos permanecieron sin sepultura y expuestos al ultraje; ahora descansan en los campos, y el maíz crece más verde y más alto sobre sus tumbas. La vista de Abarzuza ofrecía dolorosa impresión. El fuego no llegó hasta la iglesia; como contraste, quedaron destruídas más de sesenta casas; la plaza mayor no es sino un montón de escombros. Poco más lejos, en Zabal, reina la desolación. Es preciso saber cuán unido se halla el aldeano al hogar, sobre todo este aldeano, para comprender qué sentimientos de enojo y de odio bullen aún en el corazón de las víctimas.

Voluntario o no, el incendio de Abarzuza debía tener conse-

cuencias sangrientas. Al día siguiente de la victoria, bajo pretexto de represalias, Dorregaray hizo coger a todos los oficiales liberales que tenía a mano, más uno de cada diez de los soldados prisioneros, y les condenó a ser pasados por las armas (9).

Menos de ocho meses después de la muerte de Concha, Estella caía en manos de los liberales. Esta vez el ataque tuvo lugar por otro punto. A poca distancia del sur de la villa se alza el monte Jurra. Sombrio y descarnado, recto como un muro del lado de Estella, se achica hacia la planicie del Ebro en pendientes prolongadas, pero ásperas aún, cortadas con hondonadas y barrancos. A sus pies, al borde de la ruta se encuentra el antiguo monasterio de Irache, cuya fundación remontaría al tiempo de los reyes godos. Este monasterio pertenece a la orden de los benedictinos y gozó durante mucho tiempo de gran reputación, poseyendo universidad en que se profesó la filosofía hasta 1833; desde entonces propiedad nacional, ha permanecido casi en completo abandonado. Los edificios están distribuidos en cuatro patios rodeados de galerías con fuentes de surtidores; la bodega, la cocina, el lavadero, están cuidados con ese escrúpulo y esa concepción de la comodidad particular a las casas religiosas. Durante la guerra los carlistas tuvieron la feliz idea de establecer en Irache su hospital principal; médicos y cirujanos franceses se hallaban encargados del servicio y hasta se había levantado a cierta distancia, en un pequeño bosque, para más salubridad, una barraca de madera, destinada especialmente para las operaciones. La viuda de uno de los banqueros más ricos de Madrid, Sra. de Calderón, tomó a su cargo todos los gastos de la instalación. En cuanto cesaron las hostilidades, se apresuraron a evacuar los huéspedes del hospital; sin embargo, en el mes de mayo, quedaban algunos esperando la muerte, y subí a verles en las grandes salas transformadas en dormitorios. Un sol de primavera, penetrando por los cristales, alumbraba sus caras pálidas, enflaquecidas, y dibujaba en las paredes bellas bandas doradas como para que el sentimiento de su inútil sacrificio las hiciera más amargas. Les di algún dinero y cigarros: —Gracias, señor—, me dijo en francés uno de ellos, que me reconoció por mi ropa y por mis rasgos.

En los últimos tiempos, los carlistas habían establecido una batería en la misma cumbre del monte Jurra. Se distingue neta-

(9) Al llegar a este punto se refiere la escena trágica en quince líneas (M. del T.).

mente el camino que trazado en zig-zag por los flancos de la montaña les sirvió para subir las piezas. La operación duró tres grandes días y, cuando llegaron a la cima, pudieron decir como más tarde Primo de Rivera: «Estamos donde anidan las águilas». La batería del Monte Jurra se componía de veinticuatro cañones Withworth; dos batallones vigilaban sin cesar bajo el mando de don Carlos Calderón? ardiente carlista como su madre. A pesar de todo, la posición fué tomada sin mucho esfuerzo, y esta pérdida arrastró la de Estella.

En la mañana del 18 de febrero, dos oficiales con sus compañías operaban un reconocimiento. La víspera, Primo de Rivera, establecido en Dicastillo, había hecho una demostración imponente, pero sin resultado. Desde el principio, los soldados liberales se aperciben de que los enemigos, después de haber soltado sus tiros de fusil, aflojan; se disponen a continuar y se acercan al reducto; los oficiales envían precipitadamente a pedir refuerzos. En varias ocasiones se les niega, pues se teme una emboscada; dos compañías llegan por fin y se refieren a las dos primeras para vencer la altura a paso de carga y penetrar en los atrincheramientos. En algunos minutos, todos los defensores del reducto quedan muertos, expulsados o hechos prisioneros; el mismo comandante Calderón se ve obligado a rendirse; en cuanto a los vencedores, no se atrevían a creer aún en su éxito.

¿Cómo tuvo lugar esta sorpresa? Los Navarros no se privan de explicarla a su manera. Según ellos? su batallón acababa de ser relevado tras las fatigas de la noche y del día precedentes, y no pensaban sino en descansar; los Alaveses, a quienes tocaba la guardia, furiosos de combatir fuera de su país, habrían cedido a los primeros tiros. El hecho es que en el interior del mismo reducto, cuando ya los liberales penetraban en él por todas partes, los Navarros intentaron resistir a la bayoneta; después, juzgando perdida la partida, buen número de ellos se precipitaron de las rocas; algunos se salvaron gracias a su maravillosa agilidad y a pesar de la terrible caída y de las balas que les perseguían; otros, con menos suerte, consiguieron llegar hasta un torrente vecino, donde se ahogaron. Además, si los Alaveses están en entredicho, el comandante Calderón no lo queda menos, pues la opinión pública se halla unánime sobre ello. A propósito, recuerdo cierta coplita que se canta en todo el país (10):

(10) Literal (N. del T.).

Elio a vendu Bilbao
 Et Mendiry le Carrascal,
 Calderon le Monte-Jurra
 Et Perula..... ce qui restait.

¡Triste causa la de los vencidos —nosotros mismos hemos sufrido de ella— de gritar siempre traición sin buscar las causas de su derrota sino en la falta de dignidad de los jefes! En su impaciencia por combatir, los Navarros no sabían sino correr hacia delante; no comprendían nada de marchas o contramarchas. En los últimos días de la guerra cuando, bajo orden formal de don Carlos, que había resuelto reconcentrar la resistencia en la Alta Navarra y Guipúzcoa, Perula abandonó Estella con la mayor parte de los batallones que la defendían, el desaliento y enojo fueron extremos en el pueblo. La historia dirá tal vez un día si realmente se hicieron y aceptaron algunos ofrecimientos o establecidas convenciones; en principio, hay que rechazar estas acusaciones que no tenderían sino a rebajar la victoria de los unos quitando el mérito de la resistencia a los otros. Los generales carlistas cometieron faltas; varios, como Perula el notario o Calderón el hijo del banquero, no conocían ni poco ni mucho el arte militar. ¿Puede decirse que se hayan vendido cuando su propio interés era vencer? De todos modos, fueran mucho más hábiles y más sabios, la partida era demasiado desigual entre España entera y las cuatro provincias del norte; tarde o temprano la lucha debía terminar por el aplastamiento del partido carlista. He podido ver a don Carlos Calderón en Tudela, donde se hallaba prisionero: mirada firme, voz alta, rasgos abiertos; no tiene nada de figura o rasgos de traidor. ¿Se comprende ahora que este hombre, sin hablar de los riesgos corridos, hubiera comprometido inmensa fortuna y gastado siete u ocho millones en favor de don Carlos por el solo placer de ser después comprado por los liberales?

En conciencia, si se debiera culpar a alguien del fracaso de la insurrección, no es a los generales más o menos incapaces, pero fieles sino al mismo don Carlos (11).

(11) Durante una página se juzga a don Carlos con dureza e ironía para compararle por fin con Enrique IV y Carlos VII, ambos de Francia (N. del T.).

III

Si se sale de Pamplona por el lado opuesto a Estella y se sube hacia el norte después de haber caminado durante algún tiempo en línea recta, se llegara al famoso valle de Roncesvalles, donde perecieron Rolando, el buen duque, Turpín, el arzobispo, y los otros pares. A decir verdad, este recuerdo histórico forma el único interés del lugar; unas veinte casas pobres y en el centro un viejo convento, he aquí la aldea. En cuanto al paisaje, no tiene nada del carácter terrible que le prestaron fantásticamente las leyendas: nada de esos bloques enormes que la mano de los montañeses vascos pudieron hacer rodar sobre los invasores; nada de éstos desfiladeros salvajes, senderos abruptos y abismos sin fondo. El valle, por el contrario, se extiende verde y tranquilo, cultivado enteramente en praderas; las cumbres que le rodean ofrecen pendientes fáciles en que florece la retama, el brezo y el espino; una de ellas, el Altabizcar (10), ha dado su nombre al canto heroico, ya viejo de casi diez siglos (12), por el cual las gentes del país celebran aún su triunfo. No me extraña que nuestros vecinos de ultramontes (13) se glorifiquen de habernos vencido en la persona de Carlomagno y de nuestros padres: los Francos, pero se me figura que al otro lado del Rhin el mismo Carlomagno, que tantas veces derrotó a los Sajones, es oficialmente reconocido como un emperador alemán, y puesto que aquí nos hallamos asociados a sus reveses, ¿no es singular que allí no tengamos derecho a reivindicar sus victorias? Al otro lado de Roncesvalles, siguiendo el cuello o puerto de Valcarlos, se llega pronto a la frontera de Francia, y por esta ruta fué por donde el pretendiente entraba en Francia el 28 de febrero último después de tres años de una lucha tan sangrienta como estéril.

Volvamos a descender hacia el sur. Sangüesa ocupa sobre la orilla izquierda del Aragón el mismo centro de una amplia llanura elevada sobre el nivel del mar. En varias ocasiones el río crecido penetró en sus muros haciendo estragos. En el siglo xv contaba

(12) La investigación histórica ha demostrado que se debe a un poeta laburdino de la época romántica (N. del T.).

(13) El obispo Marca dice que el destrozo del ejército franco se debió a los vascos ultrapirenaicos de Zuberoa, Laburdi y Benabarre y a los peninsulares del Baztán (N. del T.).

entre las ciudades más importantes de Navarra, y los reyes con su corte no desdeñaron hacer ahí largas estadias. Todo lo que el arte gótico, a punto de terminar y presentando ya el renacimiento, imaginó de más delicado, de más caprichoso, de más florido, sirvió para decorar la mansión de esos altos y poderosos barones. Ahora ya no hay más fiestas ni más ruido: los gritos de cacería? los cantos después de beber, los acordes de los oboes y de las tiorbas, han muerto; confiados a la guardia de un viejo intendente, los grandes palacios salvados de las aguas se derrumban en siniestro abandono, más funesto para ellos que la vecindad del río c la acción del tiempo, sin que el amo indiferente que los recibió en herencia se digne nunca visitarlos. Además, los habitantes, en lo que les toca, se afectan poco por este decaimiento; ¿no poseen siempre para consolarse sus ricos collados plantados de viñedos fructuosos y más abajo la llanura verde, *la pastoriza* (2) en que sobre una extensión de más de dos leguas cuadradas pacen sus corderos por millares?

Una vez al año, el 2 de diciembre, Sangüesa parece sacudir su velo de tristeza, y las calles adormecidas retumban al paso de los carruajes y al tumulto de las voces; por todos lados la muchedumbre acude para celebrar el aniversario del virtuoso Francisco Xavier, patrón de Navarra. El castillo donde nació el santo se halla sobre una eminencia, apenas a tres kilómetros de la villa (14).

Navarra se divide en dos zonas distintas: la del norte y la del sur, la montaña y el llano. El punto más avanzado de la línea de montes se encuentra cerca de Tafalla, villa a la que se llega por el ferrocarril de Pamplona a Zaragoza cruzando un país bastante triste y cortado en colinas peladas y collados desiertos; pero, en cuanto se desemboca en la llanura, cambia el espectáculo: la tierra, de color pardo, revela a primera vista su incomparable fertilidad; árboles frutales, la viña, el olivo, forman como un vergel sin interrupción. No haré sino una censura a ese paisaje, y es la de ser un poco árido, un poco seco. La misma villa carece de agua potable; la que le provee el Zadicos, uno de los afluentes del Aragón, es terrosa y desagradable al paladar, y los habitantes se ven obligados durante el invierno a recoger agua de lluvia que conservan hasta el estío en grandes vasos de arcilla fabricados para tal uso *Tafalla, flor de Navarra* (2), decía el viejo proverbio. Carlos III se hizo construir

(14) Sigue una breve biografía del santo navarro (N. del T.).

ahí un palacio considerado como una de las maravillas de la época; los jardines, prudentemente cercados de altos muros y torres almenadas, ocupaban un espacio importante; paseos y pórticos, quioscos y pabellones rompían la monotonía de los bosquecillos. El comedor, el *cenador del rey* (2), era notable entre todos por su riqueza y elegancia: siete arcadas ojivales dibujaban un polígono irregular sin tejado, guarnecido de asientos de piedra y cerrado con verjas de hierro delicadamente trabajadas; cada pilar mostraba un pequeño campanario sobrepuesto de una veleta musical que, por ingenioso mecanismo, giraba al menor soplo, mientras en el centro de la habitación una fuente en surtidor distribuía su frescura a los invitados; el agua era conducida de un manantial vecino por un acueducto y distribuía con profusión en todas las partes del parque. Durante la guerra de la independencia la guarnición francesa que ocupaba Tafalla destruyó el acueducto y arrancó brutalmente las verjas del *cenador*. El mal no era gran cosa, porque los jardines no perdieron su disposición original y el mismo palacio reservaba todavía al visitante mil detalles preciosos del arte de la época. ¿Qué queda ahora? Nada más que una inmensa plaza vacía, de piso accidentado, una torre alta aun en pie, el famoso *cenador* mutilado, desprovisto de sus estrados y campanarios, y trazas de pinturas decorativas sobre un muro en ruinas. Tafalla era como el centro de operaciones de los liberales en Navarra: Moriones mantuvo en ella mucho tiempo su cuartel general. Cada casa muestra aún escrito en su fachada con grandes caracteres el número de hombres y de caballos, la graduación y las funciones de los oficiales que se alojaban en ella. Las proximidades de la plaza habían sido cuidadosamente despojadas y para mayor seguridad la autoridad militar hizo construir dos fuertes, edificaciones pesantes blancas y nítidas, odiosamente regulares, y como no había tiempo que perder? el antiguo palacio real fué quien proveyó a los obreros material. Los Españoles hablan sin cesar del vandalismo de los soldados de Napoleón I que estropearon tan estúpidamente tantas obras de arte, pero ¿con qué nombre se podría calificar esta destrucción bárbara, cometida en su propio país por un ejército nacional?

A falta de Tafalla, nos queda Olite; sin embargo no sé si este consuelo no contribuye más a avivar mi pesar. Apenas una hora de distancia separa a las dos villas. La campiña intermedia es la más fértil y mejor cultivada del mundo; viñedos y olivares se extienden hacia la izquierda hasta perderse de vista; a la derecha,

una línea de collados bañados de fulgor salvaje termina el horizonte. Pequeños muros de tierra rodean los jardines surcados en todos sentidos por mil canales en que el agua vivaz murmura y se derrama a plenos bordes; una inmensa avenida de álamos blancos con enormes troncos sombrean la calzada; sufrió desgraciadamente de la guerra y aparece el pueblo de Olite entre anchos huecos que la rasgan. Al principio puede uno creerse transportado a un mundo de ensueño, de tal modo se amontonan y entremezclan sus múltiples construcciones en un conjunto abigarrado que hace resaltar mejor el tono azulado del cielo que sirve de marco al cuadro. Se avanza, se entra en la villa, y continúa la ilusión. Como todas las plazas fuertes de la Edad Media, Olite ocupa una eminencia de forma redondeada, bien destacada, dominando al llano y de fácil defensa; el antiguo recinto, de poca extensión, está intacto y forma un círculo perfecto. La calle mayor es por sí sola todo un museo; conventos fortificados de ventanas negras enrejadas, mansiones señoriales sombrías selladas con gigantescos escudos, anchos portones forzados de metal y adornados con clavos de cabeza cincelada, gruesos como huevos, balcones y balaustradas de viejo hierro forjado, amplios tejados salientes de un metro y sobrecargados de adornos; aparecen ahí hábitos y costumbres de un tiempo desaparecido. Con ello, poca animación y como la nostalgia del pasado; Tafalla, mejor situada, absorbe todo el comercio de la comarca. Si no fuera por los soldados que están acuartelados aquí como en todas partes del país vasco y una de cuyas compañías pasa en este momento de regreso del ejercicio, remingtón a la espalda, cornetas al viento, en vano buscaría en esta necrópolis algo que recuerde el siglo en que vivimos. En el mismo centro del pueblo se abre una plaza muy ancha; una placa de mármol está empotrada en la pared de una casa; me acerco y leo que en este lugar, el 10 de julio de 1811, ocho ciudadanos de Olite, cuyos padres o hijos servían en las *guerrillas* (2), fueron fusilados por las tropas francesas.

El castillo, que constituía la principal defensa de la villa, es aún su más hermoso adorno; dando a un lado al campo, abre al interior sobre la plaza y ocupa así con sus dependencias casi la cuarta parte de Olite. Se conservó intacto hasta nuestro siglo, pero hacia 1840 un incendio, provocado por los *crístinos*, lo consumió, aunque felizmente las llamas no pudieron devorar sino los entarimados y artesonados, respetando el cuerpo del edificio. Esos muros de piedra lisa, altos como montes, esos enormes macizos apoyados

sobre arcadas llenas, gigantescas, esas suspensiones como por una mano sobre el vacío, esas torrecillas de todas formas alzándose sobre torres más anchas lo mismo que un niño sobre las espaldas de su hermano mayor, esas almenas puntiagudas y que matemáticamente alineadas, parecen aún montar la guardia en largas filas sobre la sombra de sus viejos reyes, esos centinelas, esas barbacanas, hasta esas brechas abiertas por el incendio ofrecen el conjunto más imponente y pintoresco que se pueda ver. Pero quisiera visitar también el interior: llamo con algunos golpes a un postigo, y una persona joven acude a abrirme; es la hija del intendente del lugar, trajeada con uno de esos vestidos claros que agradan tanto bajo este cielo tan puro, la cual accede a conducirme, e internándose ante mí me recomienda que camine con precaución. En efecto, el camino es oscuro, obstruido de escombros. Avanzamos por una serie de corredores estrechos y escaleras de caracol cuyos peldaños faltan a veces; la violencia del fuego hizo crujir todas las piedras. Aquí está el primer piso; la mayoría de sus bóvedas se han hundido, las puertas se abren sobre el vacío. Primeramente, a uno de los lados de un patio interior, noto una doble hilera de arcos superpuestos y agujereados de preciosos tréboles, de columnatas parecidas a cohetes, tan esbeltas, tan altas que el menor golpe de viento parece que las va a desplomar; más lejos, contra las paredes de una sala de honor, algunas partes del antiguo revestimiento de estuco cubierto de finos arabescos. A medida que se sube, el camino es más peligroso: las escaleras rodean y se alargan hacia los flancos de las altas torres huecas, vacías de arriba abajo; un momento de vértigo, un paso en falso, os precipitaría al abismo. Alcanzo un pequeño reducto muy impropriamente llamado «tocador de la reina». Una vez allí, me detengo; para ir más adelante me haría falta la agilidad y costumbre de los muchachos del país, que corriendo descalzos sobre la cresta de los muros vacilantes, van hasta lo alto de las últimas ruinas a desanidar a los pájaros. He aquí la torre de los Cuatro Vientos coronada de arcos, cada hueco de las cuales mira a un punto del horizonte; después, la torre del Reloj, ese famoso reloj que un mecánico hacía andar día y noche; al lado, el *pozo* (2); después, el aljibe, hoy en seco, sobre el cual me inclino al pasar; es también una torre, tan alta, tan amplia como las otras, pero sin pisos y sin huecos, abierta al cielo; en este inmenso depósito, admirablemente cimentado, el agua de lluvia se recogía en suficiente cantidad para que nunca, aún en caso de asedio, la población de

la villa y la guarnición del castillo pudieran sufrir sed. Salgo de allí al cabo de dos horas, deslumbrado, como alucinado.

La antigua basílica de Santa María merece una visita después del castillo. Por la elegancia y profusión de los ornamentos, la portada no tiene igual. Lo que sobre todo me agrada es el precioso motivo de escultura, largo entrelazamiento de ramas de viña que rodea y dibuja la ojiva. Las ramas nudosas por donde se cree ver circular la savia, las hojas dentadas, recortadas, los caprichosos zarcillos, trepan, se enroscan, se lanzan y se sueltan de la pared con un vigor, una admirable exuberancia de vida; el artista habría tomado por modelo aquella viña milagrosa de que habla la Biblia, uno sólo de cuyos racimos de uva hacía doblar a dos hombres. Gracias a la naturaleza de la piedra perdura y la obra se halla intacta hasta en sus menores detalles; no sucede así, ¡ay!, con el pequeño claustro, tan armonioso, que precede a la iglesia; las tropas acamparon allí otrora y la llama del campamento lamió los muros con su lengua negra, roídas las piedras de los asientos; y en todas partes se ven fustes derribados, arcos mutilados. ¿Es que no podemos hacer un paso por esta desgraciada tierra sin encontrar odiosos recuerdos de la guerra civil?

Debajo de Tafalla, en el mismo extremo del rombo que dibuja Navarra, se halla Tudela, última villa importante de la provincia, situada más allá del Ebro, cruzado por el ferrocarril sobre un puente metálico de más de 700 metros de largo; los carlistas han hecho volar varios de sus arcos. Cuando pasé por allí, los obreros estaban ocupados en reedificarlos, pero lentamente, despacio, con una gravedad completamente oriental, hasta tal punto que no se podía predecir si lo acabarían algún día; mientras tanto, se cruza el río sobre una barca. Por lo demás, no hay que creer que la anchura normal del Ebro esté aquí en proporción a la extensión del puente; su curso sinuoso, los numerosos bancos de arena y de piedras que se amontonan en su inmenso lecho, sus orillas roídas, rasgadas, sin árboles, le hacen asemejarse al Loira junto a Orleans. Como el Loira, en ciertos momentos tiene crecidas súbitas y furias desconsideradas. Según documentos antiguos, el Ebro fué navegable desde Tudela hasta el mar durante la mayor parte de la Edad Media, pero la incuria de los primeros conquistadores cristianos y las transformaciones graduales sufridas por el río, privaron al país de ese precioso medio de comunicación. El canal imperial de Aragón, magnífica obra comenzada por Carlos Quinto, no ha podido reparar todo el

mal, pues faltan para completarlo más de 250 kilómetros entre Zaragoza y Tortosa. Este canal cumple dos fines: sirve de vía comercial y provee agua para fertilizar las tierras, hallándose muy extendida la irrigación en todos sus parajes; tal uso asciende a los Moros, que ocuparon mucho tiempo la comarca dejando en todas partes pruebas bienhechoras de su permanencia. En Tudela, aún después de la reconquista, vivían en gran número. Hoy, la villa no presenta traza de mezquita; como contraste, abundan iglesias y conventos, edificios todos ellos construídos con ladrillos, viejos sin antigüedad, absolutamente desprovistos de interés. Tan solo detiene la atención la catedral, de majestuosa bóveda, capillas recargadas de decoración churrigueresca, amplia sacristía en que se han reunido los retratos de los donantes. Tudela, en conjunto, me parece de aspecto triste y frío; sus angostas calles son más que suficientes para una población que no pasa de 4.000 almas; a través suyo se derrama el Queiles, minúsculo afluente del Ebro, encajonado entre dos soberbios muelles de piedra que causarían envidia a un río verdadero; nada más inofensivo en apariencia que este imperceptible hilo de agua donde las mujeres del pueblo van a lavar su ropa blanca, pero la vecindad del Ebro le hace a veces peligroso. No lejos de ahí, hacia la izquierda, el viejo puente fortificado enfila sobre las aguas turbias del río sus diez y siete arcos desiguales, monumento abigarrado en que todos los pueblos pusieron la mano, en que todos los siglos colocaron su piedra, y que figura como arma parlante en el escudo de la ciudad.

A la salida de la villa comienzan las plantaciones de olivos y se prolongan durante varias leguas. Para quien no ha visto más que olivos de Provenza, flacos, achaparrados, miserables, o hasta los de Estella, a que los vientos del norte estorban en su crecimiento, es difícil imaginarse a qué desarrollo soberbio puede alcanzar este árbol bien cultivado bajo un cielo y en una tierra que le convienen del todo. Aquí cada árbol proyecta sus ramas a varios metros en torno; el follaje es de un verde sombrío, brillante y metálico, formando una copa tan espesa que da sombra como un roble y recibiendo al pie de cada tronco el efecto de un sistema de regadío que permite inundarle con regularidad. Esta tierra es extremadamente fértil, pero precisa agua; sin humedad, todo cultivo es imposible y la vegetación desaparece; apenas estamos a mediados del mes de mayo y ya la tierra se resquebraja bajo los rayos de un sol de fuego. Ante esta luz más cruda, ante este cielo más azul, se siente la pro-

ximidad de la verdadera España, y para convencerse bastarla ver el largo convoy de vehículos que pasa en este momento por la carretera levantando tras sí espesas nubes de polvo. Le conducen Aragoneses (4) a quienes se reconoce por su traje nacional: chaqueta y calzón de paño oscuro, pañuelo de hilo a cuadros anudado alrededor de la cabeza, sandalias de cuerdas y amplia faja de color que ocho o diez veces les rodea el talle. Esa buena gente, de aspecto un poco tosco, se había encargado de un transporte de víveres por cuenta de la administración militar, y entran ahora en sus casas después de haber cumplido su trato. Detengámonos a algunos pasos de la frontera.

La mayor parte de Navarra está ocupada por montañas cubiertas o no de bosques, pero generalmente impropias para el cultivo; hasta en la zona inferior, al este, entre los ríos Ebro y Aragón, se extienden inmensos desiertos, las Bardenas, del todo parecidos a nuestras landas antes de la introducción de los pinos, y en que algunos raros rebaños pacen melancólicamente ciertas hierbas aromáticas. Navarra no deja de ser una de las provincias más ricas de España; esto obedece a la extraordinaria fertilidad de sus valles y también a la energía, al amor por el trabajo que distingue a sus habitantes. En Puente la Reina, en Peralta, la vid tiene gran éxito; el olivo, en los alrededores de Estella y Tudela; en cuanto al trigo, brota en todas partes, y éste constituye siempre el gran recurso del país.

Hasta el siglo XIV, por falta de numerario, los monarcas navarros pagaban con cierto número de medidas de trigo parte del sueldo de sus oficiales y de los funcionarios públicos; ellos mismos recibían en especies las contribuciones de las villas y villorrios. Desde esa época Navarra cosechaba mas granos que los que necesitaba para su consumo particular. El emperador Carlos Quinto tenía junto a sí un confesor, un capellán y un médico, nacidos los tres en las provincias del Norte; por eso aprendió algunas palabras en vasco, el -idioma más difícil que haya en el mundo, y de que gustaba servirse. Y un día, cruzando en camino a un arriero navarro, le preguntó en su lengua: —«Arriero, ¿de dónde vienes?». Y el hombre contestó: —«De Navarra». —¿«Y en Navarra hay mucho trigo?», —preguntó el emperador. —«Oh, señor, mucho trigo», —repuso el otro. El ambicioso monarca, que poseía tantos ejércitos que alimentar en uno y otro mundo y que, como su abuelo, estaba siempre sin dinero, terminó: —«Sí, sí, mucho para vosotros, pero nada me llega a mí».

Navarra, como es sabido, en virtud de sus fueros, no pagaba contribuciones a Castilla, y este estado de cosas ha durado hasta 1841. Gracias a la abundancia de cereales, la fabricación de harinas está particularmente floreciente: en 1868 existían en la provincia 237 molinos de los cuales 32 a dos o varias piedras; aparte de eso, poco comercio, poca industria, raras fábricas de tejidos, algunas de paño; unas 60 minas de cobre, plomo o hierro en explotación y como 20 fraguas en actividad. En resumen, únicamente el vino y el trigo proveen a la exportación artículos de alguna importancia.

Ha causado asombro con frecuencia el hecho de que en un territorio tan restringido hayan podido los carlistas sostener lucha tan larga. Las tres provincias vascas reunidas a Navarra no cuentan ni dos millones de hectáreas; también están ocupadas en más de un tercio por montañas completamente improductivas; teniendo en cuenta la parte que se hallaba en manos de los liberales, apenas quedaban para la subsistencia de los carlistas 700.000 u 800.000 hectáreas de tierra más o menos cultivada. Se ha creído hasta de buena fe que todos sus recursos provenían de fuera, y es cierto que en el extranjero, por lo menos en ciertas clases, no les faltaron simpatías; las suscripciones han sido públicas; los enganches, provocados abiertamente; las armas y municiones, compradas, empaquetadas y remitidas con conocimiento de todos. ¿Quiere decirse que esas maniobras o envíos influyeron mucho en la duración de la guerra? Un español amigo mío, espíritu fino y juicioso, razonaba como sigue ante sus compatriotas: «Las contribuciones voluntarias no prosperan nunca en cuanto la finalidad sobrepase ciertos límites; sin buscar más lejos, en España mismo, ¿no se quiso hacia 1860 proveer por suscripción pública al gobierno de toda una flota de guerra? Se colectó apenas con qué fletar una chalupa. Además, si alguna vez se pudo reunir de ese modo una suma determinada, hay gran diferencia de un tal esfuerzo momentáneo a la dura obligación de verter diariamente y durante cinco años el dinero necesario para el sostenimiento de un ejército en campaña».

Y ese ejército, fuerte por lo menos de 50.000 hombres, requiere que su gasto sea calculado por cientos de millones, y no es discutible el hecho de que los partidarios de don Carlos, legitimistas de Francia y católicos de Inglaterra hayan contribuido generosamente con su óbolo; pero, felizmente para él, el pretendiente halló en el mismo país otros recursos más serios y mucho más duraderos. Y mi Español continuó así: «En el País Vasco, por la misma naturaleza

del terreno, no puede haber gran cultivo; cada granja no comprende más de una hectárea de buena tierra, a la que hay que añadir otra hectárea en la montaña para pasto del ganado; gracias a un trabajo obstinado y a la perfecta inteligencia de lo que conviene a sus campos, el campesino vasco puede pagar una renta anual de 100 francos por hectárea que cultiva; el propietario recibe, pues, una con otra, 50 francos por hectárea. Don Carlos ha sido durante tres años el amo absoluto de la comarca y, como la mayoría de los grandes propietarios son liberales, unos han visto sus bienes vendidos o secuestrados y no percibieron, por lo tanto, nada de sus rentas; otros, que se pusieron de acuerdo con las autoridades carlistas, tuvieron que proveer con la renta una cantidad extra; se conservaron los bienes de los propietarios residentes carlistas, pero tenían que soportar enormes cargas que suponían por lo menos la mitad de su renta. Calculando sobre 800.000 hectáreas, don Carlos no ha debido cobrar menos de 35 millones de francos. Agréguese a esto la contribución directa personal, exigida con mucho rigor (cada familia pagaba hasta 3 duros mensuales), lo que hace en 10.000 familias unos 40 millones; las contribuciones indirectas (porque durante mucho tiempo la exportación de ciertos artículos, tales como el vino, no fué prohibida a territorio liberal y las aduanas carlistas funcionaban regularmente) produciría una decena de millones, o sea en total 60 millones de francos? suma mucho más considerable de la que precisaba el pretendiente para abastecer a sus soldados de cañones Krupp y fusiles Berdan. En cuanto a los víveres, a las subsistencias, la cuestión se resuelve aún más sencillamente: el País Vasco, esencialmente agrícola, no conoce el lujo; el mismo dinero es bastante raro, pero el dinero no constituye la verdadera riqueza y no sirve sino para facilitar las transacciones. Sobre todo en Navarra abundan los artículos de primera necesidad: el trigo, el aceite, el vino; la vida es poco costosa; como las mujeres acostumbran a trabajar la tierra, los campos no quedaron sin cultivo en ausencia de maridos e hijos, y durante la guerra las cosechas no disminuyeron sensiblemente; además cada familia, a causa de la vecindad de las montañas, posee algunas cabezas de ganado cuyo estiércol la sirve para mejorar su campo. Las requisiciones no dejan pues de ser fructuosas, y se puede sentar como principio que los carlistas nunca han sufrido de hambre, Hay algunas localidades, como Viana, que, situadas en la proximidad de los dos ejércitos, estaban obligadas a recibirlos y de albergarlos a su vez; si pudieran bastarse durante tanto tiempo, — así

concluyó mi Español—, ¿no prueba ello claramente los profundos recursos de la comarca que, por sí misma, proveía todas las necesidades de una intendencia militar bien organizada?»

Aunque forma parte del país vasco bajo el doble punto de vista etnológico y geográfico, Navarra, por lo menos en su mayor extensión, ha olvidado desde hace tiempo «la noble lengua de los hijos de Aitor». Los habitantes de los altos valles hablan aún el idioma primitivo, pero en todo el sur y en el este, en Pamplona, Monreal, Lumbier, se usa un castellano mezclado de términos locales. Las mujeres en general son pequeñas, talla pesada, rasgos vulgares y sin gracia; se diría que el hombre ha conservado mejor el tipo de la raza aborígen: cuerpo ágil y nervioso, cara ovalada, nariz recta, pómulos salientes, cabellos espesos invadiendo hacia la frente. Los Navarros tienen también su carácter particular: son más sombríos, más herméticos que sus vecinos de Vizcaya o de Guipúzcoa, ríen poco. Hay costumbre, es cierto, de establecer distinción entre los habitantes de la montaña y los del llano. Los primeros tendrían, a juzgar por lo que se asegura, costumbres más suaves y patriarcales; los otros, por el contrario, no gustarían de nada tanto como de la guerra, las pendencias y los golpes; el clima más caluroso sería la causa de ello, y quizás también el vino, más abundante. Por mi parte, y sin negar la justeza de esa observación en tiempo ordinario, he visto en todos los Navarros, de norte a sur y de Leire a Vera, el mismo espíritu de independencia, el mismo orgullo sobreexcitado hasta el furor por las luchas recientes y la derrota suprema. Estos montañeses, tan plácidos y tan dulces, son hoy lo más terribles, y el odio salvaje que ofrecen a sus vencedores, no trata siquiera de disfrazarse.

En Navarra el estado de instrucción es de los más prósperos; es uno de los beneficios de esa autonomía local de que la provincia ha podido gozar hasta hoy. Desde el año 1781 se ha respetado una ley de las cortes residentes en Pamplona referente a reglamentar, organizar y desarrollar la enseñanza primaria; en 1794 se hizo obligatoria la instrucción para los niños de ambos sexos, y cada ausencia de su parte a la escuela era castigada con un real de multa a cargo del padre o del tutor. ¿No es verdaderamente curioso que una medida que entre nosotros subleva tantos enojos y aprensiones haya sido aplicada sin resistencia desde hace casi un siglo en el país más religioso y más católico de la cristiandad? En 1829, nueva ley sobre la enseñanza: las escuelas primarias reciben un reglamento general;

los maestros recibirán un trato de 3, 4 ó 6.000 reales como minimum, según su categoría. Aún más; Pamplona está dotada de escuelas normales: una para hombres antes de 1840; otra para mujeres en 1847, cuando no existía en España ningún establecimiento de este género y que eran contados en el resto de Europa. Desde entonces, no se ha detenido el progreso; no se puede cruzar una de las aldeas de Navarra sin percibir una o hasta dos casas de escuela para niñas o niños; y en verdad que estas casas no son ni las menos limpias ni las menos cuidadas, En resumen, casi los dos cuartos de los Navarros saben leer y, no obstante, ¿puede creerse?, no se ha hallado aún entre ellos un sólo poeta que cantara sus glorias, sus tradiciones sus pesares; no tienen escritor, ni artistas, ni músico, ni pintor, ni escultor (¿?).....); el fondo de la raza es excelente, pero no se desprende un talento superior (¿?.....). Cuando se compara con esta esterilidad la exuberancia y la fuerza de vida de las provincias del sur como Andalucía, donde genios de toda clase brotan sin preparación, sin cultura, del seno de una ignorancia secular y completamente oriental, causa un momento asombro. Sería preciso, pues, aplicar a Navarra lo que uno de nuestros pensadores decía de la América del Norte: que la verdadera superioridad de un pueblo no está necesariamente en relación con el desarrollo de la instrucción primaria, y que, aún allí donde todo el mundo sepa leer, puede faltar una aristocracia intelectual.

«Martín de ANGUIOZAR» traduxit

TRES MESES DE VIAJE EN EL PAIS VASCO (1877)^(*)

POR

L. LOUIS LANDE⁽¹⁾

(Traducción de «Martín de Anguiozar»)

NAVARRA

I

Es durante una bella mañana de mayo cuando se debe dejar Francia y; franqueando el puente-frontera de Dancharinea, entrar en Navarra. La ruta cruza primero algunas lindas cañadas bordeadas por alturas secundarias que como otros tantos contrafuertes flanquean de ese lado la cadena maestra de los Pirineos; a medida que se avanza, el horizonte se ensancha, el valle se dilata, las montañas se separan y forman en su retirada un anfiteatro inmenso en que cada ondulación del suelo figura una gradería. En primer plano, una línea de colinas bajas que van a morir en declive suave al llano; más arriba, grupas redondeadas que la variedad de colores marca con tonos de un verde diferente; después, cumbres sombrías, cubiertas de bosque o tapizadas de helechos y retama; más allá, en fin, perdidos en el cielo, grandes picos abruptos, descarnados, guardando aún en las fragosidades de la roca largos filones de nieve muy blanca que brillan al sol como láminas de cristal pulido. Este paisaje

(*) Publicamos este trabajo, como otros anteriores del mismo género, a título documental. (Nota de la Redacción).

(1) *Trois mois de voyage dans le Pays Basque*. Publicado por *Revue des Deux Mondes*, París, 1877 (Nota del Traductor).

férrea de Tudela a Bilbao; eso fué para Orduña el ultimo golpe. La antigua ciudad reposa al fondo de un circo inmenso y las cimas que la rodean son tan elevadas, sus flancos tan abruptos, que el tren para llegar a ella está obligado a hacer a la izquierda un rodeo de quince kilómetros. Más allá de Orduña la vía continúa descendiendo casi en línea recta a través de campos divididos por vallas vivas de rosales silvestres y de moreras en flor; después, desfilan al galope de la locomotora aldeas famosas en la historia de Vizcaya, Luyando, donde se hallaba el árbol Malato, límite extremo de la provincia; Arrigorriaga, testigo de gran victoria alcanzada en el siglo IX sobre los Castellanos. Quintas aisladas apuntan en la campiña y revelan la vecindad de una gran villa; por desgracia muchas fueron pilladas e incendiadas; se reconoce ahí la traza del ejército carlista.

Llegué a Bilbao en los últimos días de Julio; el calor comenzaba a ser desagradable. Desde hacía ya más de dos meses recurría yo las campiñas del interior; por otra parte, la costa cantábrica me era recomendada como la finalidad de excursión más encantadora del mundo. Mi resolución fué pronto tomada y, sin aún darme tiempo para visitar la ciudad, me dirigí hacia el norte. Iba yo a pie, única manera de viajar con provecho, con buenos mapas en los bolsillos, pues mi intención era no seguir siempre los caminos trazados. Fué así como en el curso de la primera jornada percibí, no lejos de la pequeña villa de Munguía, las ruinas del castillo de Butrón, rodeado de espesas oquedades de robles y castaños. Hacia mediados del siglo XIII, como consecuencia de discusión fútil promovida en una ceremonia religiosa, estalló la guerra civil en el país vasco, y toda la nobleza se dividió en dos campos, *oñacinos* y *gamboínos* (2). Como los güelfos y los gibelinos, enarbolaban colores, unos el negro, otros el blanco, y desde entonces no hubo reunión pública, cualquiera que fuese su objeto, fiesta, boda o entierro, que no sirviera de pretexto para conflictos en que corría la sangre a raudales. En vano los reyes de Castilla, con ayuda de los corregidores y de las villas, quisieron intervenir; en vano don Enrique IV dió orden de dismantelar todos los castillos del país con prohibición de volverlos a alzar en piedra de talla desde el primer piso; en vano los más peligrosos de los perturbadores fueron apresados y deportados al otro extremo de la Península en pueblos vecinos a los Moros, donde pudieran satisfacer a placer sus instintos batalladores; esas guerras, serie ininterrumpida de saqueos, incendios, crímenes, duraron hasta fines del siglo XV y se hizo preciso la mano fuerte de Isabel Católica

para ponerlas un termino (3). Los Gómez de Butrón eran los principales jefes del partido oñacino. Su morada se alzaba en una altura escarpada a proximidad de la ría de Plencia, cuyas aguas, por un túnel hábilmente excavado bajo la montaña, alimentaban los fosos del torreón. Rebajado como los demás por orden del rey de Castilla, el castillo de Butrón perdió desde hace mucho sus huéspedes señoriales; verdaderos árboles; brotados al azar en el espesor de los muros, desunen lentamente las piedras bajo el esfuerzo de sus raíces, y los campesinos de la vecindad acuden a proveerse de morrillos como a una cantera; un pobre cultivador ocupa con su familia un rincón del primer piso, sirviéndole la inmensa sala de abajo para alojar su ganado. El buen hombre quiso hacerme el honor de sus ruinas, y me contaba a su manera los terribles acontecimientos que presenciaron. Hay una torre, la mejor conservada, dominando a la diestra un profundo barranco; un día, estrechado por sus dos mortales enemigos, los señores de Velilla y de Avendaño, el castellano de Butrón hubo de retirarse a su fortaleza; se prolongaba el asedio, y la guarnición, a punto de terminar sus víveres, iba a verse obligada a rendirse cuando un escudero, apareciendo entre las almenas de la torre, ideó arrojar a puñaditos a las palomas y otros volátiles que merodeaban en el barranco, las últimas medidas de trigo que quedaban. A la vista de esto, el desaliento se apoderó de los sitiadores; el castillo era inexpugnable a viva fuerza; creyendo que sus defensores tenían provisiones en abundancia, decidieron levantar el bloqueo. De hecho, el torreón y el barranco están ahí, pero, ¡qué!, ¿la historia antigua no cita mil astucias análogas, entre otras la de los Romanos que, sitiados en el Capitolio y reducidos al último extremo, arrojaron para engañar a los Galos panes de trigo por encima de los muros? Seguramente que mi hombre no conocía ni

(3) Los Parientes Mayores, *aide nagusiak*, caballeros propietarios de tierras, (rico-hombres), secundados por sus servidores y defendidos por sus Casas-fuertes, arrogábanse derechos de jurisdicción en pugna con las autoridades de las Juntas. Las villas se confederaron en Hermandad para la defensa de sus libertades amenazadas; más preciso es no olvidar que las legislaciones relegaron siempre al pueblo, habiendo sido dictadas por las ciudades. De ahí la tragedia. Si aquella aristocracia montaraz del Pirineo fué anárquica, preciso es reconocer también que a su influencia se debe la conservación del decoroso sentimiento de la patria, porque la montaña ha sido siempre proclamación activa de independencia noble y legítima. Dentro de sus desafueros y procedimientos reprobables, tuvieron la virtud de llevar a cabo una obra meritoria de policía general, de la que tan necesitada se hallaba la sociedad de aquellos tiempos. Este párrafo lo hemos transcrito del prólogo de nuestra novela corta titulada *El Caballero de Amézqueta*. («M. de A.»).

aun de nombre a los Romanos ni a Tito Livio. ¿Por qué prodigio se encontraba el mismo relato, y quién explicara esa difusión de fábulas y de leyendas que establecen una especie de parentesco entre los espíritus de las épocas y las razas más diversas?

El país alrededor de Butrón está completamente deshabitado. Una pequeña criada regresaba del pastizal con un par de bueyes; ante algunas palabras del amo, que no comprendí, dejó sus bueyes y se puso a caminar delante de mí. Era una niña de doce a trece años, de cabellos enmarañados, ojos ariscos, pies envueltos en trapos de lana, falda corta y piernas desnudas. Andábamos en medio de bosques y matorrales. Al cabo de una hora llegamos a la vista de la carretera y la pequeña montaraz me indicó con un gesto la dirección que debía yo tomar; después, desapareció como un dardo. Los montes se extendían ante mí uniformes de matiz y de aspecto; con todo, a medida que avanzaba parecían aplanarse; rodaba más fuerte entre sus orillas ensanchadas el río que la calzada costea y deja de vez en cuando; una brisa viva y más fresca traía olores salinos del mar. Plencia apareció. ¿Estaba yo aún en Vizcaya, al norte de la Península Ibérica, o algún encanto mágico me había transportado de pronto a pleno país de Italia, a los bordes del golfo de Nápoles? Situada sobre estrecha lengua de tierra que avanza al Océano, la villa literalmente se baña en medio del oleaje. Precisamente aquella tarde el sol en su puesta coloreaba el horizonte de bellos tintes rojos cuyo reflejo cambiante enfajaba los muelles del puerto y las aguas tranquilas de la bahía; sobre ese fondo luminoso el viejo puente de piedra, que une la villa a la orilla izquierda y franquea en nueve saltos la embocadura del río, dibujaba en negro sus arcos desiguales; el aire tenía esa claridad difusa que se encuentra en ciertas marinas de Claudio Lorrain y, para ayudar a la ilusión, a todo lo largo a la izquierda del camino, viñas dispuestas en parrales sostenidos por pilares de piedra, según moda italiana, formaban pórticos de verdor al pie de las colinas que descendían suavemente hasta el borde del agua.

A pesar de su situación, Plencia no cuenta un solo pescador y su rada misma está sin movimiento, por decirlo así, abandonada. Eso se debe a bancos de arena que se forman en la desembocadura del río y que, en mal tiempo, hacen muy peligroso el paso de la barra. No obstante tuvo hermosos días cuando su pabellón era conocido en todos los mares y que adoptó como armas parlantes un navío bogando a velas llenas; aún en 1780 no poseía menos de ciento cin-

cuenta embarcaciones comerciales que traficaban con las comarcas más lejanas del mundo. En nuestros días sostiene una escuela de marina de donde salen excelentes sujetos; es muy limpia en su interior y sus casas burguesas, la mayoría acompañadas de un jardín, le dan hasta aspecto muy agradable.

De Plencia a Bermeo no existe ningún camino sino senderos trazados por las gentes del país. Las montañas son en este sitio ásperas y áridas, cubiertas de vegetación achaparrada interrumpida aquí y allá por la mole de la roca puesta al desnudo por las lluvias; en revancha, en cada pliegue del terreno, en Lemoniz, en Baquio, en todas partes donde algún pequeño curso de agua salido de los flancos de la cadena pudo horadar su lecho para llegar al final de la playa a unirse y perderse en el mar, aparece alguna linda aldea medio oculta en una cuna de verdor. Saludad al pasar la cima de un pico agudo desmoronado por las olas, la venerada ermita de San Juan de Gastelugach, otrora fortaleza impenetrable, escalad bravamente, —es asunto de dos o tres horas—, la alta grupa del monte Machichaco, el más pelado de todos, el más arduo, desabrido como su nombre; entonces deteneos ante el espectáculo que se os ofrece y toda fatiga se olvidará muy pronto. A izquierda y derecha, separadas por el prolongamiento de la montaña, se extienden amplias y tranquilas las dos bahías de Baquio y Bermeo; la aldea no se ve, pero al pie de la cuesta se podrían contar inclinadas sobre las olas las casas de la villa, y en el fondo, en el horizonte, en el azul lechoso del cielo y el azul más mate del Océano, la flotilla pesquera como un vuelo de gaviotas, sus blancas alas desplegadas, singlando hacia alta mar.

Bermeo nació del mar y vivió siempre de él; toda su historia, su pasado, se contiene en el espacio de algunos metros, de la angosta península en el nacimiento del muelle que forman los dos brazos del puerto. De un lado se eleva la vieja iglesia de Santa Eufemia, una de las llamadas *juraderas* (2), porque el nuevo Señor de Vizcaya, a su advenimiento, tenía que jurar solemnemente el mantenimiento de los fueros; enfrente, al otro extremo, dominando toda la bahía, una torre cuadrada que, mejor que las dos hermanas gemelas de Granada, merecería el título de *bermeja* (2), tanto dejaron sobre sus piedras un color granate los siglos y los cálidos besos del sol. Perteneció a la familia del poeta Alonso de Ercilla, el cantor y héroe de la guerra de Chile, autor de *la Araucana* (2). En fin, entre la iglesia y la torre, con sus balcones de madera y sus tejados en alero,

las casas de pescadores se empujan y se aprietan como para acercarse más al mar. Me gustaba por la mañana, mientras las barcas estaban amarradas y los hombres descansaban de la dura labor de la víspera, pasear a lo largo del puerto; grandes redes se secaban colgadas de los muros de las casas, muchachos de cuatro o cinco años preparaban para sus padres el cebo que debía servir para la próxima pesca; armados cada uno de una gran piedra, había que verles apilar concienzudamente sobre los parapetos sardinas frescas hasta reducirlas a una pasta rojiza que colocaban en cubos de madera puestos al lado de ellos. Y durante ese tiempo los abuelos, aquellos a quienes la edad y sus enfermedades no permitían ya hacerse al mar, fatigados desde que apuntó el día de aquella ociosidad desacostumbrada, venían a sentarse unos tras otros al pie de la torre de Ercilla. Brazos cruzados al pecho, sin decir palabra, con la pipa de barro negro apretada entre los dientes, permanecían allí horas enteras sondeando con sus ojos el pérfido elemento al que habían disputado tantas veces su vida y cuya agitación incesante y furor desmesurado echaban no obstante de menos. Pero sobre todo al atardecer viene a ser interesante el aspecto del puerto. Todas las barcas salieron con la marea, desde los grandes barcos tripulados por dieciséis hombres hasta los pequeños botes que el padre y los dos hijos se bastan para hacer maniobrar. Hacia las siete llegan cinco o seis personas vestidas de sombrero y levita; son fabricantes de conservas y de *escabeche* (2); luego las mujeres, terminada su jornada, y los niños que salieron de la escuela. Se va a proceder a la venta del pescado. Los pescadores de Bermeo, como los de otros varios puertos de la costa, forman desde tiempo inmemorial una cofradía con su administrador a la cabeza y una junta sindical. El ejercicio de la pesca está reglamentado por cierto número de patrones elegidos' por elección; en caso de mar demasiado dura, la barca señora (2) alza un remo al aire y nadie tiene derecho después de esa señal a salir del puerto so pena de fuerte multa. El administrador de la cofradía se ocupa cada día de la venta del pescado, que tiene lugar en común por subasta pública; se deduce del producto cierta parte destinada a los fondos de reserva de la sociedad; el resto se divide entre las tripulaciones proporcionalmente a la cantidad de pescado que cada una ha aportado y al precio medio que alcanza la venta. A veces, por causa del mal tiempo tan frecuente en este mar rabioso, las barcas no pueden salir durante varios días, y los pobres marineros se verían en gran apuro si la cofradía no les

socorriera con un reparto extraordinario de dinero, llamado *reparto de misericordia* (4); para eso sirve el fondo de reserva; se provee igualmente a la subsistencia de los marinos que llegaron a viejos o enfermos así como a las viudas y niños de los que perecieron en el mar.

La venta tiene lugar en una gran sala situada detrás de la casa de la asociación, cuya fachada da al puerto; esa sala está rodeada en forma de herradura por asientos de madera dispuestos en gradas; en el fondo se ve una mesa, en medio un gran artefacto redondo representando bastante bien un calorífero, pero perforado alrededor de pequeñas casillas. En lo alto de cada casilla se esconde una bola numerada y, por un alambre que pasa bajo el suelo, se pone esa bola en comunicación con un botón de cobre colocado sobre el brazo derecho del asiento que lleva el número correspondiente. Está sólo numerada la primera fila de asientos; allí se sientan las personas que quieren tomar parte activa en la venta; el público, comprendiendo sobre todo a las mujeres de los pescadores, se amontona en las graderías superiores. Enseguida aparece el administrador, se sitúa en la mesa entre dos asesores y comienza anunciando la cantidad probable de pescado que se espera. La venta se hace al por mayor por tantas *arobas* (2) (25 libras) (5), y el precio se cuenta por *maravedís* (2) (6). «¡A 46 maravedís la merluza (2), —dice el que pregona de pie junto a la mesa—, a 45, a 44!» (7), y baja gradualmente mientras no haya comprador al precio propuesto; pero, cuando una de las personas colocadas en primera fila juzga llegado el momento, empuja con el dedo el botón de cobre del brazo derecho de su asiento, el alambre desplaza la bola y la hace caer con ruido a la pequeña casilla abierta bajo ella; el que pregona se acerca entonces y, leyendo el número, pregunta al comprador la cantidad de pescado que desea; después de lo cual continúa la venta hasta que las cifras previstas hayan sido cubiertas. Si dos o tres bolas caen a la vez, el que pregona las recoge y las cita a medida que se presentan sin que el orden que sigue se preste jamás a reclamación. Viene en seguida el turno de los demás pescados; pero la merluza es el más estimado. Como es natural, los comerciantes de marea

(4) Letra bastardilla. (N. del T.).

(5) Entre paréntesis. (N. del T.).

(6) Se precisan 34 maravedís para hacer un *real* (2), o sea 20 céntimos de nuestra moneda. (Nota del Autor.).

(7) Entre comillas. (N. del T.).

son los que, encargados de aprovisionar a los mercados, contestan primero y compran al más alto precio; en verdad, no necesitan más que cantidades realmente mínimas; los fabricantes de escabeche se llevan lo demás por 3.000 ó 4.000 arrobas: Gracias a la concordia y a la buena voluntad que reinan en la asistencia, la venta termina en menos de diez minutos y el administrador levanta la sesión. Entonces se va al puerto.

En el intervalo llega la noche; todo el mar está a lo lejos constelado de los mil fuegos de los faroles que brillan en la oscuridad como si un puñado de estrellas se hubieran soltado del firmamento y caído a las ondas; las primeras barcas comienzan a abordar; a medida que llegan, las mujeres, provistas de cestos de mimbre, se apresuran a descargarlas. La casa de la cofradía forma por ese lado amplio pórtico de columnas, empedrado de piedras planas, bajo el cual se han establecido enormes balanzas; ahí se coloca el pescado por montones separados. Se ocupan entonces de pesarlo, mientras un empleado toma rápidamente cifras a la claridad de una gran linterna, y se carga en cestas redondas llevadas por bueyes a través de la villa. Sin haberla visto no se podría imaginar escena tan fantástica: tumulto del desembarco, entrada de velas y redes, llamamiento de marineros, chillidos de mujeres, choque de cestas que se vuelcan, mugido de los bueyes, gritos de sus conductores y, en el fondo, enormes, deformes, la gran boca abierta, bajo la luz salvaje de la linterna que hace chispear su piel viscosa, atunes y merluzas saltando, removiéndose, agitando sus colas que golpean con ruido seco en el empedrado mojado. Esta animación se prolonga adelantado el anochecer hasta la llegada del último barco hacia media noche o la una de la madrugada; luego cada cual se retira para volver a encontrarse allí al día siguiente.

Las especies de pescado que se obtienen generalmente en Bermeo como en el resto del litoral, son la merluza, el atún y el besugo, los tres de gran tamaño; a veces ocurre en días felices que los pescadores traen 12.000 ó 15.000 arrobas. Es necesario que toda esa pesca sea enviada o trabajada durante las veinticuatro horas que siguen a su llegada, porque, sin contar con que podría corromperse, la próxima pesca causaría amontonamiento. Se dirige inmediatamente una parte hacia Madrid y las villas del interior; el resto se lleva a las fábricas de escabeche. Cada animal es allí despedazado en grandes trozos de casi tres dedos que se sumergen en enorme caldera de aceite hirviendo; cuando han permanecido así suficien-

temente hasta tomar en la superficie un bello tinte rojizo, se les retira, se les lleva al secador y, en cuanto se enfrían, se les embarrila en pequeños barriles que contienen dos arrobas; se derrama por encima una especie de salmuera, mezcla de agua y vinagre, y el todo se remite a las provincias del interior donde la gente del pueblo hace gran consumo. Cuando, a ciertas horas del día, esas inmensas cantidades de pescado pasan por las calderas, pesa sobre toda la villa un olor de aceite que atufa dejando apenas respirar. Bermeo posee también varias fábricas de conserva en cajas. La sardina y la anchoa abundan en la estación; solo que cada barca se deshace de ello por su propia cuenta y al precio que le conviene; la tripulación tiene además derecho a cierta cantidad de pescados grandes, ampliamente calculada, de que se sirve para su consumo personal y que revende a voluntad. El alimento de los habitantes se compone casi exclusivamente de pescado fresco; el del mar Cantábrico pasa por infinitamente superior al que viene del Mediterráneo; es realmente exquisito si se le consume en el lugar, de un sabor que no sospeché y que se le pediría en vano por poco que haya viajado.

En suma, Bermeo es el centro de pesca más activo de la provincia y casi toda la población masculina, más de mil hombres, está consagrada a ese ejercicio. Las mujeres trabajan en el puerto o en las fábricas de escabeche. En estas costas se casan muy jóvenes; desde los 18 años años tiene novia un marinero, hace entonces uno o dos viajes de altura para poder comprar con su salario la *ropa* (2) o, como decimos, la canastilla de boda: un poco de ropa blanca, algunas bagatelas, dos o tres muebles pobres; y en seguida entra en el matrimonio. Sabe que no llegaría a ser más rico aunque esperara diez años; la pesca tiene demasiadas alternativas, demasiados días malos para que aquel que se dedica a ella pueda hacer fortuna; se vive, eso es todo. Por otra parte, esa incertidumbre del mañana, esa lucha continua contra el peligro ha influido a la larga en el carácter del marinero; carece de cualidades de previsión y economía. Cuando por ventura tras una buena estación podría poner algo de lado, prefiere malgastar en el acto todos sus recursos remitiendo al porvenir el asegurar su suerte y la de los suyos. Los casamientos son fecundos, como en todos los pueblos marinos, y las familias son muy numerosas; en este oficio, los niños, más que una carga, son un recurso; las niñas rémiendan las redes, los niños preparan el cebo; cuando sean mayores, se embarcarán con el padre y le ayudarán en la maniobra. No hay población mas laboriosa, más sincera-

mente honrada; el juez de la villa me declaraba no haber tenido el año precedente más que un culpable que juzgar. El tipo de los habitantes del litoral es muy hermoso; es el de la raza vasca en toda su pureza, a la vez elegante y altivo. De talla por encima de la mediana, los hombres tienen el cuerpo esbelto y nervioso, cara ovalada, nariz aguileña, mirar claro, pómulos salientes, en todos los rasgos serenidad y energía singulares que se acentúan aun con la edad; pero sobre todo las mujeres me han parecido admirables. Antes que el trabajo y las fatigas de la maternidad las hayan puesto a prueba, representan el ideal de la belleza humana; todas altas, tienen también atractivos puros, caderas anchas, pecho firme y bien lleno; con ello, mejillas coloreadas, labios sonrientes, ojos dulces, de un poco de asombro, espléndidos cabellos castaños que las casadas llevan trenzados en la parte trasera de la cabeza y que las solteras dejan caer en dos largas trenzas sobre sus espaldas. A primer golpe de vista se reconocen ahí seres privilegiados, muy superiores a otras razas mezcladas o bastardeadas de la Europa occidental. En cuanto a mí, no olvidaré jamás la impresión que me causó el ver las muchachas de Bermeo regresar a sus casas hacia media noche tras la dura jornada; pierna lista y paso rápido, de ningún modo molestas por la gran cesta que pesaba sobre sus cabezas y donde se agitaban veinte grandes pescados marinos en los últimos espasmos de la agonía, caminaban una docena en la misma fila teniéndose por la mano y cantando a coro a plena voz alguna copla del país; los jóvenes las seguían y, mucho tiempo después de su paso, oía en medio del silencio de la noche sus voces frescas y rientes subir, decrecer, perderse luego poco a poco en la lejanía.

II

Al salir de Bermeo, el camino, tallado a cornisa en el flanco de la montaña, sigue exactamente todas las sinuosidades de la orilla; de los dos lados se ordenan verjeles, campos de trigo y de maíz, pues los cultivadores de estas comarcas no son ni menos laboriosos ni menos hábiles que los pescadores, y nada es tan hermoso como ver las espigas maduras sacudidas por el viento y curvadas casi sobre las ondas poniendo una orla de oro al mantel azul del mar. Pronto se distingue el pequeño puerto de Mundaca, uno de los puntos

más antiguamente poblados en la provincia. El camino le cruza entre dos filas de casas bien edificadas y, subiendo el curso sinuoso del río, se hunde en el interior; se alcanza entonces un llano ligeramente inclinado, en el centro del cual se halla Guernica. Sin importancia como población, —cuenta apenas 600 habitantes—, esta villa no es menos la ciudad santa del Señorío; es ella la que cada dos años sirve de residencia al congreso; ella la que encierra, con el palacio de las *juntas* (2), el depósito de los archivos y la basílica de Santa María la Antigua, la más venerada de todas las iglesias *juraderas* (2); ella la que posee el palladium (8) de las libertades vascas, el roble bajo el cual desde tiempo inmemorial el señor de Vizcaya venía a jurar el mantenimiento de los fueros. Ese árbol famoso ha sido celebrado por la poesía y la elocuencia cada cual a su vez: J. J. Rousseau le bendijo, nuestros soldados republicanos pasando por Guernica le rindieron honores militares como al padre de los árboles de la libertad; ya Tirso de Molina lo había glorificado en sus versos a la faz de los monarcas austriacos; pero fué aún un Vasco, un hijo del país, quien halló para cantarlo acentos de más emoción y más conmovedores; existe un himno patriótico, *El Arbol de Guernica* (4), cuya música y letra, por un acercamiento curioso a nuestra *Marsellesa* (4), no tuvieron sino un autor. Ved a propósito de esto un extracto del discurso pronunciado el 16 de Junio de 1864 ante el senado español por don Pedro de Egaña, diputado por la provincia de Alava. (9).

Apenas entráis en la villa, os dirigís en peregrinación hacia el árbol sagrado; cualquiera se ofrecerá a conducirlos. El árbol actual cuenta unos cien años (?) de edad y descende directamente del roble primitivo (10), pues se conserva siempre al lado del antiguo uno o dos retoños destinados a reemplazarlo cuando la edad le haya hecho sucumbir. El último, caído de vejez el 2 de Febrero de 1811, existía según tradición desde mediados del XIV; bajo su sombra

(8) Literal. (N. del T.).

(9) Nos permitimos suprimir el referido extracto por haber sido reproducido en numerosas obras, como la de Mañé y Flaquer, etc., aparte de las ediciones especiales que se hicieron del discurso del insigne Egaña. (N. del T.).

(10) «Este es el árbol ante el cual se dice que rindieron armas los soldados de la Convención francesa cuando penetraron en Vizcaya en 1795, aunque en honor a la verdad hemos de consignar que no hemos visto en el Archivo de la Casa de Juntas comprobación documental de tal aserto». (*La Casa de Juntas de Guernica*, por D. Carmelo Echegaray). (N. del T.).

los reyes católicos, Fernando e Isabel, sentados en el banco de madera que rodeaba su base, juraron respetar los fueros. Las deliberaciones tuvieron lugar al principio al aire libre y al pie mismo del roble; de donde la fórmula con que el congreso acompaña aún a sus decisiones: *so el árbol de Guernica* (2); más tarde, que la población se acrecentó y sus delegados se hicieron más numerosos, se abandonó el llano desnudo en que se reunían, y las asambleas tuvieron lugar en la ermita de Santa María, muy antiguo santuario situado al lado. Hoy, el banco de madera ha sido reemplazado por un asiento de piedra; la iglesia, reedificada hacia 1830, se encuentra enclavada en amplio edificio de estilo neo-greco aún incompleto y destinado a proveer habitaciones de trabajo a los diputados y locales para los archivos. El interior de la iglesia, que sirve igualmente de sala de juntas, está adornado con una colección de retratos de todos los señores de Vizcaya en ejercicio de sus funciones, antes de la incorporación de la provincia a la corona de Castilla. Se me ha hecho ver el depósito de los archivos, tan precioso para la historia del Señorío; los carlistas, durante su residencia, no le hicieron ningún daño; hasta enviaron para completarlo diarios, folletos y otros papeles públicos provenientes de su administración; todos esos documentos yacían en montones, mezclados, en una sala de abajo, pues no tuvieron ellos mismos tiempo para clasificarlos.

No hay nada que decir de la villa misma; todo lo más, se distingue una gran plaza cuadrada, una vieja iglesia gótica, algunas casas nobles adornadas en el exterior con grotescas pinturas al fresco en el gusto del siglo último. Para atraer más riqueza y animación, se habla de hacer de ella un puerto de mar; la empresa no tiene nada de imposible, puesto que los barcos venían antaño a amarrarse en las mismas casas de la orilla, y la marea se hace aún sentir hasta Guernica; pero haría falta mucho dinero. Esperando a ello, los habitantes disfrutaban del suelo más fértil y del clima más suave; una montaña en punta, encima de la villa, está tapizada de arriba abajo de jardines y verjeles. Además, toda esa orilla derecha es aún mas encantadora que la otra; a mitad de camino se alza en medio de un parque inglés el bonito solar de Arteaga, propiedad de los Montijo, cuyo torreón almenado se distingue desde varias leguas a la redonda. El 17 de Julio de 1856, en la asamblea general celebrada bajo el árbol de Guernica, los representantes del país decidieron que había lugar a declarar Vizcaíno de origen al príncipe imperial de los Franceses, Luis-Napoleón, como descendiente directo por su

madre de las dos casas de Arteaga y de Montalbán. El emperador acogió con mucha benevolencia a los diputados encargados de traerle el decreto; la misma emperatriz, lisonjeada por esa atención, quiso hacer reconstruir el castillo de Arteaga. Un joven arquitecto de gran mérito, M. Couvreicher, fué enviado al lugar para dirigir las obras; pero, atacado de fiebres malignas como consecuencia de una excursión a los bordes pantanosos del río, falleció antes de haber visto enteramente terminada su obra. Otro francés, M. Ancelet, puso la última mano, no sin modificar algo el plano primitivo. Se han utilizado todo lo posible los restos de la antigua construcción. Ahora es una linda fortaleza del siglo XIII, rejuvenecida con todo el rebuscamiento del renacimiento, acomodada a las exigencias del confort moderno. Un primer recinto rectangular la rodea, flanqueado de torres según el uso; el torreón, igualmente cuadrado, está alzado de tres pisos y terminado por plataforma que domina a una linda torrecilla; dos grandes ojivas llenas, partiendo de la base, suben de cada lado hasta la cornisa superior coronada de almenas y, en su anchura, se abren en tres filas ventanas ojivales que ocupan el lugar de las antiguas troneras; el jaspe, rojo de que están encuadradas las aberturas, resalta agradablemente sobre el mármol gris del resto del edificio. En el interior, la escalera monumental, los entarimados de ebanistería, los cielos rasos esculpidos, responden a la magnificencia y a las bellezas de fuera. No obstante, el castillo no ha estado nunca amueblado ni habitado; se esperaba la venida de la emperatriz, que prometió visitarlo; ese proyecto no ha tenido consecuencias. Ahora permanece confiado a la guardia de una dama francesa que reside en un pequeño pabellón vecino. Sea como fuere, aún ausente, se encuentra en todas partes la mano generosa de la castellana; no hay en todo el país una aldea mejor cuidada que Arteaga, ni cuyas casas respiren un tal aire de comodidad y bienestar.

La última parte de la etapa antes de alcanzar el mar es aún más pintoresca y más accidentada. Caminando percibí bajo un ramillete de bosque, al borde de una fuente, cinco o seis muchachas detenidas un momento para tomar aliento. Me llamaron riéndose; se dirigían a Ea, pequeño puerto situado entre Elanchove y Lequeitio, y marchamos juntos. Supe entonces que regresaban de la fiesta o *romería* (2) de Zornoza. Salidas de Ea la víspera, mucho antes de la aurora, habían hecho a pie de un solo tirón las diez leguas que separan Zornoza de la costa; terminadas sus compras, bailaron durante toda la tarde, durante toda la noche, y luego al amanecer

habían vuelto a tomar valientemente el camino de la aldea donde debían llegar hacia las once para ponerse a trabajar como de costumbre. Por lo demás no parecían de ningún modo cansadas, hablando, cantando, tan vivas y tan alertas como a la salida. No ocurría lo mismo con dos borriquillos que habían llevado consigo para cargar una parte de las provisiones; los desgraciados animales, agotados, no podían apenas remover las patas. Fué preciso bastante antes de Arteaga librarles de su carga, que se repartieron amigablemente; se les puso una cuerda alrededor del cuello y así se les arrastraba alternándose, ¡y las mozas tan locas de risa! Altas, esbeltas, de belleza escultural, sobre la cabeza ancha cesta de mimbre, cuyo brazo desnudo aseguraba el equilibrio, garganta firme y llena, tendida por el esfuerzo, parecían un coro destacado de alguna tragedia antigua y recordaban a mi memoria aquellas canéforas atenienses cuyas elegancia y gracia inmortalizó sobre el Partenón el cincel de Fidias.

Llegados al punto en que la ruta bifurca, cambiamos un adiós y, mientras ellas siguieron hacia Ea, tomé por la izquierda hacia Elanchove. Si hay en el mundo un villorrio curioso, extraño, extravagante de aspecto y de situación, lo es aquel donde llegué al cabo de un cuarto de hora. Adherido al flanco de una montaña a pico de 600 metros de altura, con su única calle tortuosa, más tieso que una escala, empedrado de nuevo estilo, en que trozos de roca se espacian a manera de peldaños, bajando sus casas rajadas, como rodando, de modo que los pies de la una pesan sobre el techo de la otra, parece siempre a punto de caerse al abismo. No hay que hablar de limpieza; la loca disposición de los retretes haría inútil las prescripciones más elementales de la policía urbana; no se limpia la calle sino los días de lluvia, pero entonces se convierte en cauce de un torrente terrible, y mal lo pasaría quien quisiera aventurarse fuera. En todo el aire fluctúan esos olores tan particulares en que el olor del pescado fresco se alía con los vapores del aceite que sirve para freir el escabeche. El puerto pequeño, pero cómodo, construído en 1783, obtiene toda su importancia de la pesca y de las industrias que se relacionan con ella. Subí penosamente la larga calle de la aldea cuando noté a mi paso junto a una puerta cierta vieja completamente encorvada que pedía limosna; los mendigos originarios del mismo país son muy raros en las provincias, porque todo el mundo trabaja y cada municipalidad ayuda a sus desgraciados. Acudió una encantadora muchacha de labios rientes; la ví sacar

de su bolsillo una pequeña moneda de cobre, besarla y entregársela a la vieja; ésta tomó la limosna, hizo primero con ella devotamente la señal de la cruz, luego la besó a su vez. Tal es la costumbre del país vasco y, ¿no parece hacer a la caridad aún más emocionante?

Para llegar a Lequeitio, dejando a la izquierda el pequeño puerto de Ea, se corta por los montes, la mayoría cubiertos de bosque; no se percibe el mar sino por instantes, al extremo de valles angostos que surcan la cordillera. El nombre de Lequeitio es desde hace mucho famoso en los anales marítimos de Vizcaya. De allí salieron aquellos valientes marinos que con los hijos de Ondárroa, Bermeo, Plencia, Portugalete, osaron los primeros sobre sus frágiles navíos atacar cuerpo a cuerpo a la enorme ballena; luego, cuando el monstruo de los mares expulsado de la costa cantábrica subió hacia el norte, lanzados en su persecución visitaron sucesivamente Escocia, Noruega, Groenlandia, y tocaron en tierras hasta entonces desconocidas para los demás pueblos de Europa (11). Hasta mediados del XVII se mataron ballenas en aguas vecinas de Lequeitio; así lo atestiguan muy curiosos documentos conservados en los archivos de la villa; también muestra en sus armas, como Bermeo, una chalupa con remos lanzando el arpón sobre una ballena (12). Pero la pesca no bastaba a ocupar el ardor de aquellos valientes; los marinos de Vizcaya tomaron parte en todos los viajes de descubrimientos realizados en las Indias occidentales o sobre las costas de Guinea; sus embarcaciones de comercio les ponían en relación con todos los puertos del Mediterráneo, del Océano Atlántico, de la Mancha, del Mar del Norte; existía desde larga fecha en Cádiz una asociación de pilotos originarios del Señorío. Al mismo tiempo ayudaban poderosamente a los reyes de Castilla en todas sus empresas marítimas.

Los marinos de Lequeitio no han degenerado de sus abuelos; no persiguen ya a la ballena, hoy casi desaparecida, pero atunes, merluzas, sardinas y anchoas, pescados grandes y pequeños, les

(11) Véase la revista *Euskaleriaren Alde*, número de julio 1921. (N. del T.).

(12) En los blasones respectivos de armas, ostentaban la nave las villas de Portugalete, Plencia, Orio y San Sebastián; barca y ballena, las de Ondárroa y Zumaya; Fuenterrabia, un navío con ballena aferrada en su costado; Lequeitio y Bermeo, una chalupa sujetando a uno de esos cetáceos; Guetaria y Motrico, un bote bogando tras una de las mismas. Biarritz muestra en sus sellos ballena perseguida por esquife de pescadores; el escudo de Bayona representa un barco ballenero; las armas de San Juan de Luz llevan una nao con las velas desplegadas, y al escudo de Ziburu va adherida un ancla. (N. del T.).

pagan cada año enorme tributo. No se hallan dispersados en el resto del pueblo como en Bermeo; forman barrio aparte y —debo decirlo— bastante sucio. Ese barrio confina, como es natural, con el puerto, que es pequeño y casi seco en marea baja; por el contrario, el agua que asciende acude a lamer los muros de las casas, algunas de las cuales se abren en arcos para recibirla. Los muelles sufrieron mucho del bombardeo; sabido es que durante la guerra, para reprimir los desmanes del partido carlista, el gobierno de Madrid no imaginó nada mejor que hacer bombardear con sus cañones todos los puertos de la costa que ocupaba el enemigo. ¿Ignoraba que si las poblaciones del interior le eran opuestas, en las villas marítimas, donde los hombres recorren temprano el mundo y se instruyen viajando, las ideas nuevas se estiman sobre todo? En Lequeitio todo el efecto de la medida gubernamental recayó sobre los liberales. La vieja iglesia parroquial, situada a la orilla de la playa, estuvo comprometida un momento; por su posición pintoresca a la vista del mar cuya arena se amontona a sus pies, por la audacia de sus pilares, la delicadeza de sus ojivas, la elegancia de su ábside enriquecido al exterior de finas molduras góticas, es quizás en este género el monumento más curioso del Señorío.

Pero el principal atractivo del pueblo está también en sus alrededores, donde los campos se ven floridos como jardines y los jardines como invernaderos. Gracias a la corriente de Méjico, una de cuyas ramas irrumpe hacia el este y hace sentir su influencia en el golfo de Vizcaya, toda esta parte de la costa disfruta de una temperatura excepcionalmente igual y suave; no hiela nunca; olivos, granados, naranjos, limoneros, todos los árboles del mediodía pueden brotar al aire libre. La vid fué también una de las grandes riquezas de la comarca, pero desde hace más de quince años el oidium venido de Francia ha caído sobre ella con violencia inusitada y hecho perder casi enteramente la cosecha; hasta ha habido que arrancar en muchos sitios las cepas, renunciar al cultivo, y nada es tan desconsolador como ver en la campiña erguirse blancos y despojados los pilares de piedra de que se sirven para sostener los parrales. Por un hecho extraño, únicamente han perecido las cepas blancas, habiendo resistido las otras. El vino que se obtiene, llamado *chacolí* (2), es muy estimado por los indígenas; si se les cree, posee virtualmente todos los méritos, y recuerdo haber leído que bastarían algunos ingredientes, por ejemplo un poco de azúcar y buenos corchos, para obtener de él un champán excelente; eso es poner en ello mucha buena

voluntad. Así como es, el chacolí es un vinito un poco agrio, refrescante y de gusto bastante agradable; no se conserva más de un año; es verdad que ganaría si estuviera más cuidado. Antaño no se bebía en Vizcaya más que sidra, y cada cultivador mantenía con ese fin número considerable de manzanos; si el oidium continúa sus estragos, sera forzoso volver a la sidra; solamente los ricos pueden comprar vino de la Rioja.

Dos horas de marcha por el borde del mar nos conducen a Ondárroa, última localidad de Vizcaya en la costa. Ahí hallamos también una población de hábiles pescadores y valientes marinos; al remo, los de Ondárroa no tienen quien les desafie y, durante el peor tiempo, cuando los mismos patrones de Lequeitio no se atreven a dejar la rada, salen valerosamente a la pesca del *bonito* (2). Ondárroa mantenía otrora comercio bastante considerable con las costas del Mediterráneo, de Portugal e Inglaterra, y sus astilleros de construcciones navales eran de los más famosos; pero el rápido desarrollo de Bilbao la ha perjudicado; además, su barra se ha hecho impracticable, en marea baja. Edificada sobre un pliegue de peña, al fondo de un embudo formado por altos montes, a sus pies y en primer plano la iglesia sostenida por un grupo de arcos de efecto inesperado y protegida contra el alcance del flujo, ve como la labor del mar va obstruyendo poco a poco su puerto y haciendole recular a la ribera. No obstante, todo no se ha perdido para ella. Desde hace algunos años buen número de familias ricas de Madrid y del interior tomaron la costumbre de pasar el verano en las provincias del norte, en Bermeo, Mundaca, Lequeitio, Zarauz, San Sebastián; acuden buscando aire puro y sano, motivo de excursiones variadas, mar abundante en pescado, baños de playas seguras y cómodas. Interrumpida un momento por acontecimientos políticos, esa migración de turistas se ha reanudado del todo en la última estación y no se detendrá más. Es ahí donde Ondárroa debe buscar fuente de nueva prosperidad. Un poco al sur de la villa, en un hundimiento de la ribera y protegida a los dos lados por el avance de dos puntas de peñascos cuyos bloques sueltos forman como una barrera natural, se extiende la playa de Saturrarán, ancha, espaciosa, suavemente inclinada y tapizada de arena fina; el mar no se retira jamás de ella, unido como el agua de una bañera, y las olas perezosas parecen no haber guardado de su agitación primitiva sino la fuerza precisa para expulsarse una a otra, manifestarse y morir. Hace unos diez años que el lugar estaba desierto. Un amigo de la naturaleza, un

poeta, Antonio de Trueba, el autor del *Libro de los Cantares* (4) pasó por allí; le agradó el lugar de aspecto a la vez salvaje y apacible, esas rocas grises, esas ondas azules y esa arena de un blanco tan puro; habló de él en uno de sus libros. Hoy ha surgido como por milagro en el medio hermoso de la concha un magnífico establecimiento, primer núcleo de la futura villa de baños. ¿Quién hubiera dicho entonces que desde Orfeo los poetas perdieron el divino privilegio de hacer morir a su albedrío piedras y bosques?

Había alcanzado los límites extremos del Señorío y pensaba en volver sobre mis pasos; después de haber recorrido la costa, deseaba ver las campiñas del interior; después de haber estudiado las costumbres de los marineros, quería vivir algunos días la existencia de los campesinos. Resolví, pues, oblicuando al este, volver a ganar cerca de Elorrio el camino de Villarreal para entrar luego en Bilbao casi en línea recta por Durango y Zornoza. El camino era largo, pero sin peligro; después de una guerra civil que ha durado más de tres años, el país estaba tan seguro, tan tranquilo como si la paz no hubiera sido jamás turbada. Sinceramente, sencillamente, en cuanto terminaron las hostilidades, estas buenas gentes dejaron el fusil y volvieron a tomar la *laya* (2), su género de vida pasada. Así es que iba yo solo, sin grandes precauciones, confiándome al azar para encontrar un albergue a cada noche. Sentía un áspero placer en salir de madrugada a través de bosques que derramaban sobre mí sus lágrimas de rocío, feliz del profundo silencio en que aún dormía la naturaleza, respirando a plenos pulmones el aire puro y vivo de la montaña. Pronto el sol, reventando las nubes, desparramó su luz de oro sobre el campo maravillado, y de todos sus árboles, de los huecos de las breñas, bajo las piedras y espesuras de las hierbas, salía el concierto del pjar, gritos, bordoneos, murmullos, ruidos de insectos y cantos de aves. Seguía un camino bajo sus rayos cada vez más ardientes, dejando tras mí cañadas y ribazos, campos y sotos; luego, cuando llegaba la hora de comer, entraba sin llamar en alguna pobre choza establecida en el fondo de una cañada, me sentaba en un banco de madera, ante mesa hecha con dos tablas de castaño, y allí compartía con el cultivador y su familia la modesta comida; el pan de maíz o *borona* (2), al salir del horno, amarillo como el oro, alubias o legumbres cocidas en agua, una sardina y un puñado de nueces. A veces encontré en ruta algún mozo del país que se dirigía a un pueblo vecino; caminábamos juntos, y esos días, con el acicate del amor propio, como los Vascos con sus alpar-

gatas se vanaglorían de ser los primeros andarines del mundo y que yo no quería quedar mal, doblábamos bravamente la etapa. Mis compañeros, como es natural, sirvieron todos en las tropas de don Carlos; durante tres años, de norte a sur y de este a oeste, no hicieron sino medir el país y conocían el terreno hasta en sus menores particularidades. En Vizcaya, en lossitios donde brota una buena fuente es costumbre conservar una hoja de castaño o de nogal que recibe el delgado hilo de agua y lo derrama en gotera; asegurando por ese indicio, el viajero se detiene algunos instantes para refrescarse, después continua su camino, pero teniendo buen cuidado de no desarreglar la hoja. Y mientras bañábamos con la mano nuestras frentes quemadas por el sol, aparecía en una revuelta del camino, rodando lentamente tras sus pequeños bueyes rojizos, uno de esos carros vascos de ruedas macizas y sin radios, tallados en una sola pieza del tronco de un árbol; desde hacía ya tiempo nos llegaba del fondo del valle el rechinamiento del eje con modulaciones múltiples y extrañas, tan pronto punteado como la sierra que se aguza, tan pronto rezagado como una puerta que llora, a veces ronco como el juramento. Ese ruido tiene su utilidad, pues sirve de aviso en los senderos estrechos de las montañas. Además, por desagradable que parezca a los profanos, la gente del país halla en él un atractivo particular; los conductores ponen su amor propio en que los carros *canten* (4) bien, como dicen; para mí, aunque extranjero, declaro que esa extraña melopea tenía gracia y me gustaba escuchar en las proximidades del atardecer, en la calma de las largas tardes de verano, el frotamiento de los ejes cuya queja eterna acompañaba a mi marcha,

La mayor parte de las tierras están en Vizcaya trabajadas y explotadas por colonos, pero puede decirse que les pertenecen tanto como al mismo propietario; en efecto, la familia del colono se perpetúa en la granja de padre a hijo con el mismo derecho que la familia del dueño en la propiedad, y no hay ejemplo de que por capricho o interés haya éste jamás pensado en reivindicar la plenitud de su derecho; aún más, cuando el cultivador casa una hija única, se conviene en que el yerno tomará en la casa la sucesión del suegro, lo que forma parte de la dote. Asimismo, el campesino da sin regatear todo su sudor a la tierra y se interesa en ella como si fuera propia; al mismo tiempo, se acostumbra a ver en su patrón a un protector, consejero y amigo. En ninguna parte he comprendido mejor que en Marquina hasta donde va esa inteligencia tan

rara entre el rico y el pobre y cuan grande es la generosidad del uno, la obediencia y adhesión del otro. Sobrino y heredero del conde de Peñafiorida, en esa bonita propiedad de Munibe cuya morada señorial con amplio escudo velado de negro recuerda la reciente pérdida del hombre tan ilustrado como bienhechor que la dejó para siempre, don Jose Antonio de Gortazar se ha consagrado a continuar las tradiciones de su ilustre familia. Joven, rico, rodeado de hijos encantadores, adorado de los suyos, no precisa mandar para ser obedecido; nadie esta más dispuesto que él a despremiar su fortuna o su rango, pero no hay quien le iguale como dueño de todas las voluntades, de todas las adhesiones; es el gobierno consentido de los humildes por el más fuerte y mejor. El mismo, con entera amabilidad, me proveía de todos los detalles acerca de la disciplina patriarcal tan alejada de las costumbres de nuestra sociedad impaciente y turbada. «Aquí, —me decía—, en Munibe, no hay memoria de que se hayan aumentado las rentas; el labrador paga hoy la misma cantidad que pagaba su bisabuelo hará pronto cien años; es que nuestros labriegos no son unos extraños para nosotros, sino más bien miembros de la familia aumentada; nos interesamos en su felicidad, en su bienestar; consideraríamos una mala acción el aprovecharse de su trabajo. En todo caso, nuestro cálculo no es tan malo como parece; lo que perdemos en dinero al contado, nos es devuelto en reconocimiento y afección. Y no crean que nuestra conducta es una excepción; sin salir de Marquina, quisiera enseñaros veinte casas en que el dueño entiende como yo la administración de sus bienes. Sin embargo, en Madrid, en las cámaras, en la prensa, en los cafés, nos acusan de pesar sobre el pueblo, se nos trata de *señores feudales* (4). ¿No saben quienes hablan de ese modo que Vizcaya es el país más democrático del mundo? ¿Ignoran que la libertad es fundamento de nuestras leyes? ¿Olvidaron que aquí el pastor o el cultivador tiene derecho como otro cualquiera a sus cuarteles de nobleza y que en revancha los más altos varones no desdeñaron nunca el trabajo ni hacer producir a sus bienes? En un bosquecillo de nogales y castaños, una torre con escudo de armas esculpido sobre la puerta, una herrería y un molino junto al arroyo, he ahí lo que era el tipo de las principales casas del país; y esa herrería, ese molino, explotados por el dueño en persona, le proveían de la mayor parte de su renta; no era sino el primero de sus obreros y no temía presentarse con las manos enrojecidas por el mineral de hierro o negras del carbón. Desde la última guerra civil, muertas

por los altos hornos extranjeros, esas pequeñas ferrerías se han apagado una a una y no dejaron sino ruinas desiertas, derrumbándose en todos los arroyos. ¡Pero si quisiéramos afrontar la competencia, —y la cosa nos es fácil gracias a los inagotables recursos de nuestro suelo—, si supiéramos aplicar a nuestro uso los numerosos perfeccionamientos de la industria moderna, entonces volveríamos a tomar, no sin fruto y Dios mediante, nuestro buen oficio viejo de mineros y ferrones! (13). ¡Confesad, no obstante, —añadió don José con fina sonrisa—, que para ser unos *señores feudales* serían muy vulgares las aspiraciones y muy mezquinos los sentimientos que así le estoy descubriendo!» (7).

Todas estas villas del interior, Marquina, Elorrio, Durango, tienen entre ellas un aire de afinidad. Edificadas poco más o menos en la misma época y en iguales circunstancias, destinadas a proveer refugio a los agricultores contra violencias y depredaciones de vecinos demasiado poderosos, han guardado mucho de su fisonomía medieval. Véanse siempre esas cuatro o cinco calles cortándose exactamente en ángulos rectos, esas antiguas puertas desprovistas de obstáculos, esos anchos muros perforados en ventanas y transformados en habitaciones, que son como la transición entre el nido de golondrina y la morada del hombre, esas casas pesantes y cuadradas, verdaderas fortalezas cuya piedras llevan aún la traza del incendio que las lamió tantas veces, y también siempre esa población sana, fuerte, ardiente en el trabajo y en el placer, esos muchachos de trazos vigorosos, esas lindas mozas de trenzas largas; siempre esos campos regados con aguas corrientes, esos largos valles verdeguantes donde los maizales alternan con pastizales y bosques; después, aquí y allá, tristes y solitarios, antiguos solares de nombres sonoros, de leyendas curiosas. Tal es, en el territorio de Abadiano, en llano fértil, esa torre de Muncharaz que tuvo antaño por castellana a una hija de rey, la infanta de Navarra doña Urraca, esposa del muy gentilhombre Pedro Ruiz de Muncharaz; la puerta es de corazón de roble recubierto de chapa de hierro reforzada con gruesos clavos y barras del mismo metal, y encima, sobre escudo de piedra se lee la fiera divisa: *Aquí biben y bibieron, con la honra y fama que tubieron* (2). Las salas de lo alto, sostenidas por vigas colosales, las estrechas ventanas establecidas en el espesor de los muros, merecen también la atención; pero nada de eso vale tanto

(13) Véase la revista *Euskaleriaren Alde*, número de marzo 1930. (N. del T.).

como la sombría torre de Echeburu. Posada como el nido de un ave de rapiña, esa fortaleza ocupa, no lejos de Durango, en el hueco de estrecha garganta, la punta de una peña aislada que se abre bajo ella a manera de caverna; su origen se debería a los Romanos; los Godos de Ataulfo la destruyeron; vuelta a alzar y demolida de nuevo, data en su forma actual de fines del siglo xv, y su negra silueta se destaca admirablemente sobre el fondo blanquecino de las peñas que la rodean. La hiedra, las zarzas, la dulcamara, todas las plantas parásitas han tapizado uno de sus lados y trepado hasta la techumbre. Cuando pasé por allí, un hombre armado de una maza de hierro se ocupaba en arrancar enormes bloques de la peña hueca sobre la cual está edificada la torre, y los partía después en pequeños pedazos. Esa peña es efectivamente de naturaleza calcárea y produce a todos los vecinos una cal excelente; me ha parecido ya muy lastimada, porque esa explotación asciende a muchos años y se puede prever el día en que cederá completamente arrastrando tras sí los cimientos del histórico castillo que desde hace casi veinte siglos está de guardia en su cima.

III

Tras tantas viejas villas, cubiertas todas con el polvo del pasado, fui feliz al volver a hallar en Bilbao una ciudad verdaderamente moderna por su aspecto, por su animación, por sus edificios. Aunque fundada también ella hacia fines del siglo xiii, sufrió una serie de transformaciones que han modificado completamente su carácter primitivo y, salvo el viejo puente de piedra con tres arcos desiguales y la vecina iglesia de San Antonio Abad que juntos forman las armas de la ciudad, o también la basílica gótica de Santiago que existía antes que aquella, sería difícil realzar un monumento de algún valor. De todos modos Bilbao puede abstenerse de él. Sus calles nítidas y bien trazadas, pavimentadas con piedras, forman abanico y llenan todo el espacio comprendido por la curva que sigue la orilla derecha del Nervión. Esta feliz disposición la pone por todos lados en contacto con el río que es navegable hasta el Puente Viejo, es decir hasta la extremidad meridional de la ciudad. El pueblo propiamente dicho se extiende de ese punto al muelle de Portugalete, sobre un largo de más de 11 kilómetros; muy temprano, había ya

adquirido considerable importancia y se hicieron grandes trabajos para mejorarlo. Al principio, en el siglo XVI, se construyó un sistema de diques a expetisas de la *casa de contratación* (2) o cámara de comercio de Bilbao. Más tarde, en 1712, se puso en ejecución el gigantesco y costoso proyecto de canalización del curso del Nervión. Desgraciadamente, los trabajos no han sido continuados desde entonces con método y la energía necesaria. El paso se va obstruyendo cada día y los navíos de gran tonelaje quedan obligados a detenerse delante de Portugalete. No obstante, el puerto está muy animado; en 1872 la cifra de navíos, tanto nacionales como extranjeros, fué de 2.419 a la entrada y de 2.369 a la salida; por su parte, Bilbao, con una población que no llega a 20.000 almas, cuenta casi 900 embarcaciones inscritas, sin hablar de barcas menores. Los muelles, orillados por magníficas alamedas de árboles que se extienden a pérdida de vista, están amontonados de toneles, sacos y fardos. Para conducir las mercancías se sirve comúnmente la gente del país de una especie de trineo arrastrado por un par de bueyes y compuesto de dos maderos paralelos unidos por cortas traviesas; se le llama *narria* (2); pero, como el frotamiento de la madera sobre el empedrado correría peligro de encenderlo, un barrilito, colocado en la parte delantera del artefacto, deja caer gota a gota el agua de que está lleno y que sin cesar humedece los maderos. Las mujeres, también ellas, toman parte en el trabajo del puerto y parece que hasta los más duros les están reservados; unas, en grandes cestos, transportan el carbón o el mineral; otras, tocadas de amplio sombrero de paja y gruesa cuerda ceñida a los riñones, remolcan penosamente los barcos. Hacia el anochecer, a medida que se apacigua el movimiento del puerto, comienza una agitación de nuevo género; los paseos vecinos, sobre todo el del Arenal, tan sombreado y amplio, se ven literalmente invadidos por grupos bulliciosos de niñas y niños. ¡Cuántos niños! No recuerdo haber nunca visto tantos. En ciertas provincias del interior, en Toledo por ejemplo, la vieja ciudad imperial, salvaje amontonamiento de escombros, de donde la vida parece. proscrita para siempre, busqué en vano esta alegría que la salida de las escuelas derrama por calles y paseos; las familias son estériles, las casas están sin niños. Aquí, por el contrario, fecundidad, exuberancia de savia que os echa a los pies una bandada de diablillos frescos y sonrosados, pequeño mundo que grita, corre, salta, se persigue, cae y se levanta; se forman corros y se organizan partidos de pelota a lo ojos de sus padres, dichosos de esa alegría.

ininterrumpida. Los liberales respondían lo mejor que podían; supieron sucesivamente de la misma boca de sus adversarios que Moriones, que acudió de nuevo, había sido detenido el 25 de febrero en San Pedro Abanto (8), y luego que un mes después, día por día, en ese mismo valle de Somorrostro, el mariscal Serrano, a su vez, había sufrido un descalabro; las provisiones se agotaban, se habían quedado reducidas a pan de habas y carne de caballo; iban a faltar los mismos cartuchos. Fué entonces cuando un mensajero de fuera, burlando la vigilancia del sitiador, consiguió introducirse en la plaza; traía el anuncio de próximo rescate, y en efecto el mariscal Concha, con un ejército de 20.000 hombres, compuesto en gran parte de guardias civiles y carabineros, se preparaba por Valmaseda a tomar por la espalda la izquierda de los enemigos, mientras que Serrano inmovilizaba su centro y su derecha. La operación tuvo éxito casi sin combate y para no verse cortados en su línea de retirada, durante la noche del 1.º de mayo, después de haber hecho fuego con todas sus baterías hasta el último momento, los carlistas decidieron levantar el sitio. El mismo día los dos generales libertadores hicieron su entrada en la ciudad; ese triunfo coincidía con una de las fiestas nacionales más populares en España, la del Dos de mayo (2); el entusiasmo fué inmenso en el país.

Conocí en Bilbao a uno de los hombres más distinguidos e instruídos de la ciudad. Impresor de profesión, don Juan Delmas había comprendido su misión a la manera de los grandes trabajadores del siglo XVI, los Alde, los Estienne. Tenía locura por las antigüedades, amigo de todas las artes, muy curioso sobre todo de las cosas de su país, respecto al cual había reunido documentos preciosos que se proponía poner en obra. Hasta había publicado ya una *Guía pintoresca de Vizcaya* (2), interesante obra y muy bien escrita. Después de treinta años de perseverancia y esfuerzos, hecha su fortuna, iba a retirarse de los negocios cuando la guerra civil vino a derribar el edificio laboriosamente levantado durante toda su vida. Desde el primer día, me testimonió una confianza de la que no sabría estarle demasiado agradecido, y como le preguntara, «Es historia dolorosa la que me pedís», me dijo, vacilando en arriesgarse por la pendiente de sus recuerdos. «He vivido en París durante mi juventud; seguí los cursos de la Sorbonne, precisamente con Valdespina, de poca más edad que yo; los dos éramos oyentes asiduos de M. Villemain; al mismo tiempo estudiaba yo en los talleres de vuestros mas conocidos pintores. Mas tarde viajé mucho por mis negocios y visité la

mayor parte de Europa, pero siempre fiel a las bellas artes y al amor del suelo natal; así pude reunir, principalmente en Flandes, además de una colección completa de obras de los maestros de la escuela española, una multitud de libros y objetos interesantes para la historia de España o del País Vasco. Con eso, mi comercio prosperaba y la edad y la fortuna me llegaron juntas; resolví construir un castillo (8), ¿debe decirse que para mí? Yo mismo dibujé el plano; todas mis colecciones hallaron lugar en salas dispuestas, adornadas, especialmente claras. Aquí alhajas y medallas, allí acuarelas y dibujos, más lejos más cuadros. ¡Cuántos museos hubieran hecho triste papel junto al mío!; pero la biblioteca era mi joya más hermosa; imaginaos 6.000 tomos, todos raros y largamente buscados; a más de eso 142 incunables; los *Decrétales de Venise* (2) con fecha de 1477, salidos de las prensas de Jenson; las 53 *crónicas de España* (4), impresas en letras góticas a dos colores por Juan del Canto en Medina del Campo por encargo de la gran Isabel; el *Muy feliz viaje del rey Felipe II en tierras bajas de Alemania* (4) por el padre Estrella; el relato de la expedición de Elcano por uno de sus compañeros, obra escrita en español en La Rochelle en 1507 (8) (14). ¡Cuántos otros!..... Luego gran número de manuscritos inéditos: el *Libro* (4) de Lope García de Salazar, la *Crónica de Guipúzcoa* (4) por el bachiller Zaldivia..... Mi sueño era retirarme definitivamente del comercio e ir a publicar más de treinta tomos de documentos curiosos acerca del Señorío con notas de mi mano en las que había trabajado durante toda mi vida; hubiera sido mi obra, homenaje rendido a mis conciudadanos al mismo tiempo que señal durable de mi paso por aquí abajo. Mientras tanto, era feliz y no conocía más que amigos; había algunas pequeñas discusiones entre anticuarios acerca de algún punto dudoso de historia, sobre alguna etimología, referente a alguna palabra, ¡pero ello cortésmente y siempre a la mayor gloria de la nacionalidad euskariana!

«El marqués de Valdespina era de los nuestros y también se ocupaba de las cosas de Vizcaya. Vino la guerra, luego el asedio; Mi familia fué siempre conocida por sus opiniones liberales; cumplí con mi deber como los demás e ingresé en las filas de la milicia nacional, teniendo entonces ocasión de ayudar por mí mismo sobre las murallas a apuntar las piezas contra mis casas de los suburbios. No me quejé hasta entonces, pues no pensaba sino en la patria;

(14) Hay errata en esa fecha. (N. del T.).

pero el 15 de marzo por la mañana —no olvido la fecha—, cuando ví alzarse llamas por cierto lado en que jamás había fijado mis ojos sin temblar, cuando comprendí que mi nueva finca ardía a su vez encendida por el vandalismo y la ignorancia de los sitiadores, confieso que mi corazón desmayó, y por lo que yo lloraba, creedlo, no era por el edificio en sí mismo, sino por los sacrificios, las satisfacciones, por las largas esperanzas realizadas que representaban a mi vista lo que contenía, tantas cosas bellas, tantas obras de arte únicas arrebatadas a mi patria, a la humanidad, perdidas para siempre, aniquiladas. Es cierto que algunos objetos fueron robados, dispersados, pero la mejor parte pereció en las llamas.

(Durante el sitio mis casas de la ciudad no sufrieron menos que mis casas de los campos; la que yo habitaba con mi familia recibió por su parte veintidós bombas. ¡Pero no bastaron esos trances! La guerra me arrebató. dos de mis cuñados, uno teniente coronel de artillería muerto en Somorrostro, el otro detenido por los carlistas y fusilado. Agotada por las fatigas y emociones del sitio, mi mujer, la compañera de mi vida, y una de mis hijas murieron poco después. ¿Cree V. que apuré el cáliz y que mi desgracia es bastante completa? Como patriota, como esposo, como padre, en mis sentimientos, afecciones, intereses y gustos, he sido golpeado en lo más vivo de mi sér; he conocido en menos de dos años los límites de lo que al hombre es permitido sufrir. Así es que ahora mi vida no tiene finalidad y, a veces, cuando estoy solo, me sorprendo llorando. ¿Qué hacer? ¿Hacia dónde volverme? No creo ser cobarde, pero, os lo declaro, si no tuviera aún hijos, si no quedaran todavía deberes que cumplir, la existencia me sería verdaderamente odiosa.»

Bilbao es de hecho la villa más populosa y floreciente de la región; desde hace siglo y medio la diputación y las autoridades superiores residen en ella, donde se encuentran también los principales monumentos de utilidad pública: banca, hospicios, escuelas y colegio. Sin embargo, en virtud del principio de igualdad foral que no reconoce a ninguna villa el título de capital, políticamente hablando no se distingue en nada del menor municipio del Señorío, y en las Juntas Generales celebradas en Guernica no tiene derecho más que a dos representantes. El territorio de Vizcaya se divide bajo el punto de vista administrativo en 1 ciudad, Orduña; 20 villas, entre ellas Bilbao; 88 *anteiglesias* (2), 5 valles y 12 concejos. Anteriores a. las fundaciones de las villas, disfrutando de exenciones y leyes diferentes, las *anteiglesias* son propiamente localidades en que la pobla-

ción es menos numerosa y donde esta más dispersa, aunque a la larga varias hayan terminado por tomar apariencias de verdaderas villas. La costumbre que tenían los habitantes de reunirse los domingos después de misa mayor ante la iglesia para tratar sus asuntos particulares y de redactar los acuerdos que se tomaban principiando siempre por las palabras: *Ante la iglesia.....* (2), dió origen a aquel nombre extraordinario. En multitud de lugares, en Gatica, en Abadiano, existen aún, bajo la galería cubierta de la iglesia, la mesa y el banco de piedra en que se sentaba el consejo. Las villas fueron sucesivamente fundadas. sobre tierras que pertenecían a anteiglesias; para favorecer su desarrollo, los reyes las hacían sin cesar las concesiones más amplias. De ahí provino en el siglo xv una furiosa sublevación de municipios rurales que, a buenas o a malas, las obligaron. a quedar en más estrechos límites; es así como Bilbao ha permanecido reducido al territorio que hoy ocupa, apretado por todos lados por sus tres vecinas de Deusto, Abando y Begoña. Esta, sobre todo, dueña de las alturas que al este dominan a Bilbao, parece aún alimentar viejos pleitos. Desde la pequeña meseta que ocupa la iglesia de Begoña, la vista abraza de, un golpe todo el valle del Nervión o Ibaizábal, «río ancho» (7), si hablamos como los Vascos; a derecha e izquierda, reculando gradualmente, verdes colinas punteadas de muros blancos y techos pardos; en lo bajo, el curso del río que brilla al sol como larga cinta de metal en fusión, y más cerca, junto a la orilla, las mil casas de Bilbao, tan apretadas como rebaño de ovejas que van al abrevadero. Esa iglesia, cuyo campanario acaba de ser derrumbado por los obuses carlistas, es lugar famoso de peregrinación; puesta. bajo la advocación de Nuestra Señora de la Asunción, posee una imagen milagrosa de la Virgen, muy venerada por los marinos y que según se dice fué hallada en el interior de un viejo roble en el mismo sitio donde se alza el altar mayor.

Abundan las leyendas en el país, nacidas naturalmente de la inspiración popular y de esa mezcla de imaginación y de fe que forma el fondo del carácter vasco. He aquí una, siempre acerca de la iglesia, y que deseo reproducir tal como me la contaron: «Era hacia principios del siglo xvi; se ocupaban de reedificar el muy antiguo santuario de Nuestra Señora de Begoña y la bóveda no cubría aún sino solamente la parte del ábside, cuando uno de los obreros que trabajaba en la construcción del templo tuvo la idea de robar las alhajas de la Virgen; la imagen estaba ya colocada sobre el altar. Una noche, trepó el hombre por una escala hasta el alto

del muro y, notando al tenue resplandor de su linterna de mano brillo de oro y pedrerías, sintió aumentarse en su corazón el deseo sacrilego. Bajó prudentemente al interior de la nave, subió al altar y comenzó por despojar a la Virgen de todas sus joyas; pero en el momento en que arrebatava también la pequeña corona de oro del niño Jesús, la Santa Virgen le cogió el brazo como para detenerle. Aterrado por aquel prodigio, abandonó lo que había tomado y renunció a su propósito. Había ya vuelto a subir al muro y se disponía a marcharse, cuando, a la vista de las pedrerías que chispeaban más que nunca en la obscuridad, se sintió zaherido por un pesar, se acusó de falso terror, se dijo haber sido juguete de una ilusión, que la Virgen no le había cogido del brazo, que sin duda su ropa se engancharía a uno de los brazos de la estatua; volvió a bajar y realizó su robo, exceptuando la pequeña corona de oro, que no osó tomar. Después se dirigió hacia Bilbao, donde quería entrar, mas al llegar al *humilladero* (2) o pequeña ermita del Cristo, salió a su encuentro un rebaño de chivos que le cerró el camino. Entonces tomó rumbo hacia el burgo de Tranco, al oeste, y por todas partes halló un bosque tan espeso que también allí le fué imposible pasar. Subió a la cumbre de Archanda y, en el lugar llamado Meazabal, que hoy se denomina Santo Domingo a causa de una ermita fundada por San Vicente Ferrer en el siglo xv, vió llegar ante sí un tropel de toros que le arremetió furiosamente. Bajó de la montaña hasta pasar un poco la altura de Artagan, la misma que domina al santuario de Begoña y cuyo nombre vasco significa «el alto del Encinar» (7), por alusión a los robles que entonces le cubrían; luego marchó hacia el burgo del este llamado Ocharcoaga, «lugar en que abundan los lobos» (7), pero al acercarse al bosque de Palatu-Zugasti, a la orilla del río, chocó contra un gigante que armado de espada centelleante le cortó el paso. Fatigado de tanta lucha, se refugió en la floresta contrito y arrepentido de su crimen, y en aquel instante empezaron a repicar a todo vuelo las campanas de Begoña que, hasta que el campanario se construyera, estaban suspendidas de las ramas de un roble ante la puerta del nuevo templo. Los *fieles* (2) o magistrados de las dos barriadas de Tranco y de Ocharlaga acudieron al tañido seguidos de todos los habitantes y, viendo que las campanas sonaban solas sin que nadie las tocara, juzgaron que ocurría allí algo grave. Pronto advirtieron que la Virgen había sido despojada de sus alhajas y, sin tardanza iban a ponerse cada cual por su lado en acecho del sacrilego, cuando éste por sí mismo se les en-

tregó confesando su delito y devolviendo las joyas. Se le condenó a pena de muerte, que sufrió sobre la colina de Larriagaburu, nombre que significa «monte de las angustias» (7), porque allí tenían lugar las ejecuciones. No obstante, antes de morir, el culpable suplicó que tuvieran a bien enterrarle en el templo que había profanado. En virtud de su arrepentimiento, que pareció sincero, le fué acordada aquella última gracia, y se abrió su tumba bajo el púlpito. Veinte años después se cavó en el mismo sitio para depositar otro cadáver. El cuerpo del sacrílego se hallaba completamente reducido a polvo, habiendo permanecido intacto el brazo derecho que la Virgen tocó.» (15)

IV

Todos los agricultores saben que los terrenos montañosos como el de Vizcaya producen en proporción de su base y no de su superficie. Vizcaya, como base, no mide más de 60 leguas cuadradas, y en sus dos tercios el suelo está formado de peñas estériles o de una tierra floja casi tan ingrata como aquellas. La agricultura fué por lo tanto casi nula en la Edad Media; y los habitantes no se ocupaban sino de la marina y de la industria del hierro; no había maíz, pues esta planta, cuya soberbia vegetación denuncia su origen exótico y que ahora ha arraigado también en la alimentación del pueblo español, como que a veces se, la llama *trigo de España* (4), fué introducida de América a España tan sólo hace tres siglos y medio (16); tampoco había trigo suficiente, pues se le hacía venir de Francia y de Andalucía. Una granja o caserío (8) se componía únicamente (?) de un manzanal cuyos frutos daban sidra y en el cual el labriego sembraba avena y centeno, mas cierta extensión de bosque en el monte para pasto de los animales y la explotación del carbón.

(15) Esta leyenda, que yo no conocía hasta verla transmitida por el fidedigno Louis-Lande, nos recuerda en su iniciación *La ajorca de oro* de Gustavo Becquer, aunque luego difiere sensiblemente de aquélla desenvolviéndose en alarde de fantasía imaginativa e inspiración popular que nuestro autor atribuye como características al Pueblo Vasco, coincidiendo con Agustín Chaho y otros escritores que vieron y estudiaron el País Vasco con más detenimiento que tantos otros, antiguos y modernos, quienes le miraron y miran como a la cubierta de un libro que no se dignan hojear (N. del T.).

(16) Respecto al maíz, puede verse mi artículo en la REVISTA INTERNACIONAL DE LOS ESTUDIOS VASCOS, número de Abril 1927. (N. del T.).

Eran los tiempos en que se decía en Castilla de un señor de Vizcaya: «Don Lope el Vizcaíno, rico de manzanas, pobre de pan y vino». En esas condiciones era siempre de temer una carestía, y las leyes forales, lo mismo que los archivos del Señorío y de las comunas atestiguan de la constante preocupación y de la dificultad de las autoridades para llegar a reunir las subsistencias necesarias. No obstante, hace cien años, según los cálculos de Iturriza en su *Historia general de Vizcaya*, aún inédita, la cosecha se elevaba anualmente a 200.000 fanegas de trigo y 400.000 de maíz, lo que constituía importante recurso para una población que apenas ascendía a 100.000 almas; la fanega vale cuatro de nuestros antiguos boisseaux (17). Desde entonces la población ha doblado, pero las cosechas se han acrecentado aún en mayor proporción; Vizcaya produce hoy anualmente 600.000 fanegas de trigo, mas de un millón de maíz, una parte del cual se exporta a Inglaterra y Alemania, 80.000 de legumbres secas, y mantiene en su territorio más de 300.000 cabezas de ganado; las manzanas, nueces, castañas, son también de buen rendimiento; en fin, el cultivo de la viña había ya tomado desarrollo cuando el oidium vino a detenerlo. Estos resultados, verdaderamente prodigiosos, se deben a la inteligencia y a la potencia de trabajo que despliega el labriego vasco en la regularización de sus tierras. Allí el suelo no obtiene jamás descanso, y los mismos cultivos acuden cada dos años. En los valles orientales que confinan con Guipúzcoa, la amelga se hace del siguiente modo: primero el trigo, sembrado en noviembre; después el nabo, sembrado en agosto, al mismo tiempo que el trebol encarnado u otro cualquier forraje, que formara una pradera artificial después de la cosecha del nabo; luego el maíz, para lo cual se da vuelta al suelo aún más cuidadosamente que para el trigo, que le sucederá inmediatamente a la vuelta del período. Al otro lado del Señorío, en las Encartaciones, la principal cosecha es la del maíz alternando con el trigo sobre una parte más o menos grande del terreno.

De todos modos, a causa de la extensión siempre mínima de territorio cultivable, si Vizcaya está asegurada de bastarse a las necesidades de sus habitantes, no puede luchar con países más favorecidos bajo este aspecto, ni encontrar en la agricultura muchos elementos de provecho. Su verdadera riqueza, su verdadera fuerza para el porvenir, es el tesoro de minas inagotables «que fué siempre

(17). Antigua medida de capacidad para áridos, equivalente a doce litros y medio. (N. del T.).

—según expresión de uno de nuestros geógrafos más sabios—de cierta importancia económica, pero que no puede dejar de asegurarle en breve un puesto de gran consideración en la industria del mundo». El hierro se encuentra en todas partes por Vizcaya, y son incontables los sitios que estuvieron o están aún en explotación; pero las minas más importantes son las de Ollargan, al este de Bilbao, y sobre todo las de Triano, en las Encartaciones, célebres ya desde el tiempo de los Romanos. Plinio el Viejo dice: «De todos los metales el mineral de hierro es el más abundante. En la costa de Cantabria hay un monte alto y escarpado que, lo que es increíble, es todo de esa materia». En 1783, sólo bajo este aspecto, más de 3.000 obreros estaban empleados diariamente en los trabajos de las minas, y la cantidad de mineral extraído ha excedido de 400.000 toneladas. Desde ahora se puede decir que Bilbao está destinado a ser, antes que Barcelona, en lo que se refiere al movimiento e importancia del tonelaje, el primer puerto de la Península. Es en efecto la exportación del mineral lo que supone la suma más elevada en las cifras del comercio bilbaíno.

No hay paseo más agradable que el de Bilbao al mar en uno de esos vapores tan coquetos que todas las horas se sueltan en el muelle del Arenal para poder conduciros hacia Portugalete. El fondeadero, el aparejamiento, las múltiples operaciones de carga, el ir y venir de las barquichuelas que ayudan al transporte de mercancías y pasajeros, todo eso da al río un movimiento continuo. Durante el recorrido se cruza una multitud de embarcaciones, diferentes de color, de aparejo y de bandera, recostadas unas a la orilla, otras ancladas por grupos de dos o tres en el lecho del río, otras pasando a pleno velamen o a todo vapor. Las orillas de los dos lados se prolongan verdes y rientes, ligeramente montuosas, cortadas por pequeños muros blancos que trazan el límite de los parques y jardines; en el fondo, empenachadas de pesado humo negruzco que al separarse forma inmensa mancha en el azul del cielo, surgen altas y negras las innumerables chimeneas de la fundición del Desierto. En fin, el río se ensancha, las orillas se apartan hasta el infinito; enfrente, un encrespamiento de la onda indica la presencia de la barra; he aquí a la izquierda a Portugalete con su largo muelle, sus casas de pisos y, allí arriba, destacando en el horizonte, haciéndose reconocer por su forma cómica que hace pensar, en un volcán apagado, la montaña de Serantes. Este monte sirve de guía a los marinos para distinguir la entrada del puerto; es lo primero que perciben

al entrar en el país, amenudo tras años de ausencia, y, si el proverbio dice verdad, el Serantes ha hecho derramar más lágrimas de alegría que gotas de agua ruedan por el lecho del Ibaizabal.

Había oído hablar mucho de Portugalete como bonita villa y estación de verano de las más estimadas por los habitantes del interior; hoy sería muy difícil darse cuenta de sus méritos, de tal modo la guerra, el bombardeo, la estada y el paso de los ejércitos le causaron daño; sus suburbios están devastados, sus calles hundidas, sus casas, su iglesia, agujereadas por las bombas; tan solo le queda su playa y esa magnífica situación frente al mar. Por lo demás, al venir a Portugalete no tenía propósito de permanecer mucho tiempo; tenía prisa por visitar las famosas minas de los alrededores. Actualmente se hallan en actividad dos explotaciones principales: la de Triano, llamada también de Somorrostro, nombre del valle próximo, —la cual provee el mineral más estimado y más abundante—, y la de Galdames, situada más hacia el interior e igualmente rica; están unidas por ferrocarriles, la primera en el Nervión, en el lugar denominado el Desierto, y la segunda en Sestao. Además, están en construcción tres nuevas líneas pertenecientes a distintas compañías y destinadas a servir a los yacimientos vecinos; los trabajos, detenidos durante algún tiempo por la guerra, han vuelto a reanudarse sin demora; las tres deberán finalizar en el río por Luchana o sus cercanías. Citemos aún como recuerdo el tranvía aéreo del sistema Hodgson, en que corren las vagonetas suspendidas a lo largo de un cable de hierro. En resumen, los medios de transporte están calculados para extraer cada año de la mina más de dos millones de toneladas. En ese campo de batalla del trabajo y del progreso, España, Alemania y Francia se hallan representadas, pero también aquí Inglaterra ocupa el primer lugar; de seis compañías cuatro fueron creadas totalmente o en parte por capitales ingleses. Además, es preciso decirlo, este desarrollo súbito de la industria minera no ha sido sin aportar cierto desorden al país. Antaño, en virtud del *fuero* (2), cada cual tenía derecho a explotar minas cuando y cómo quisiera, perteneciendo en plena autoridad a sus dueños directos, particulares o municipios. Poco a poco, bajo ciertos pretextos más o menos lógicos, el estado se apoderó de ellas para venderlas; es cierto que prometía a los poseedores a quienes usurpaba los terrenos un tanto por ciento del precio, pero las indemnizaciones convenidas no han sido pagadas. Al mismo tiempo, según los términos de la nueva ley del 29 diciembre 1868, es suficiente que una

persona, con razón o sin ella, sea la primera en denunciar vuestra propiedad como terreno minero para que por ello esté autorizada a hacérsela conceder. Sin duda la ley hace aquí una distinción entre el suelo, sobre el cual conserva siempre el propietario sus derechos, y el subsuelo, lugar de yacimiento de sustancias metalíferas, que en principio pertenecen al estado con libertad para él de conservarlo o de enajenarlo. Pero, si antaño, a causa de los medios completamente primitivos de que disponía la industria, sólo se explotaba el mineral más fácil de fundir, si era preciso buscarlo horadando galerías subterráneas que subían y bajaban con el filón, hoy el empleo de altos hornos permite utilizar la menor parcela de hierro y los obreros rompen la capa de la superficie y la cortan progresivamente. ¿En qué se convierte entonces esa distinción entre el subsuelo perteneciente al estado y el suelo reservado al propietario? Tras declaración de utilidad pública se procede por vía de justicia a la expropiación mediante una indemnización correspondiente. Pues bien, no hay injusticia más flagrante. Supongamos en efecto que esta indemnización equivale al valor venal del terreno superficial, ¿le pagará al poseedor los recuerdos, las tradiciones, las afecciones que van unidos a él? En verdad puede presentarse el mismo caso cuando se trate de una calle o de la apertura de un mercado, ¿pero es que nuestro estado social tan cambiante, nuestras costumbres de vida tan turbadas, se parecen en algo a las costumbres del País Vasco, en que las familias desde tiempo inmemorial se continúan de padre a hijo sobre el mismo terreno donde el propietario actual no tiene frecuentemente otro nombre que el que su antepasado adoptó otrora del lugar que venía a ocupar; donde, por decirlo todo, no hay terreno en venta porque espera la vergüenza a quien se atreviera a vender el bien patrimonial? El susto fué pues grande en toda la comarca cuando, en lo más fuerte de la locura minera, cada cual pudo sospechar en el primer especulador venido a la persona que debía desposeerle de sus bienes; la cosa llegó al punto de que muchos propietarios a todo evento se apresuraron a denunciar ellos mismos su suelo como terreno minero pagando la cuota anual a fin de disfrutar de él tranquilos.

Primero me dirigí a Galdames. El centro minero de este nombre es una de las ramificaciones de la cordillera de Triano, una compañía inglesa tiene su concesión y, motivado por los carlistas, la explotación ha tenido que suspenderse durante casi dos años. La montaña ha sido atacada en pleno flanco; con pólvora se arrancan

bloques de peña que los obreros en seguida rompen a golpes de pico; entonces se carga el mineral en vagones que la locomotora conduce; la tierra y los escombros son arrojados de lado al fondo del valle por medio de largos canales de madera dispuestos en pendiente, de tal modo que se puede prever el día en que, habiendo desaparecido el monte, el valle estará completamente colmado. En suma, no se pueden hacer sino elogios a los directores por el talento y habilidad que han desplegado: la instalación es perfecta, la disciplina es admirable; han implantado allí ese orden, esa limpieza, esa necesidad del progreso que es verdadera virtud inglesa. Como consecuencia de la afluencia de obreros, gran número de casas se han alzado en estos últimos tiempos por los alrededores de la mina. La compañía tuvo entonces la idea de fundar una aldea modelo donde estarían los obreros más higiénica y más económicamente alojados; cada departamento está dispuesto para una familia o para un grupo de solteros.

Si el aspecto del País Vasco difiere de las otras regiones de España, las Encartaciones a su vez parecen formar contraste con el resto de Vizcaya. Desde antigua fecha este nombre inexplicable y abigarrado sirve para designar toda la parte occidental del Señorío desde Bilbao hasta la provincia de Santander. El terreno es aún más accidentado, las montañas son más altas, más angostos los valles, más abruptos los barrancos, más amplios y más espesos los bosques, más rápidos los torrentes; a pesar de ese desorden, se desprende del conjunto del paisaje no sé qué atmósfera de calma, de serenidad, de que se siente uno compenetrado hasta el fondo de su sér. Se está a la vez transportado y pensativo; se quisiera encontrar palabras para explicar Ta frescura de esos prados, la limpidez de esas aguas, la pureza de ese aire que acaricia, húmedo y tibio como un beso; pero nunca la pintura ni la misma poesía podrán despertar una impresión tan sincera, tan compleja; hace falta el espectáculo presente hablando al mismo tiempo al alma y a la vista. Crucé sucesivamente Merca-dillo, Avellaneda, Ocharan, todas esas pequeñas localidades encantadoras que no podrían ser distinguidas la una de la otra, de tal modo sus habitaciones están caprichosamente dispersas en el flanco de las colinas, al borde de los arroyos; parece que es siempre el mismo villorrio que continúa. Aquí se alza encima de un pedestal de peñas alguna vieja torre en ruinas, lejano recuerdo de la época en que el distrito de las Encartaciones servía de campo a las querellas fratri-cidas de los *bandos* (2); allí, medio oculta en un ramillete de bosque,

una casa de apariencia elegante: es la morada de un *Indiano* (2); se designan así con término genérico a las gentes del país que fueron a hacer fortuna a las colonias y que de regreso a la aldea no sienten más vivo deseo que el de hacer participar de su felicidad al mayor número posible de personas. Paso y noto que en todas partes las ventanas están abiertas y las llaves en las puertas; en los montes, los rebaños pacen sin vigilancia, y los frutos de los campos no tienen otro guardián que el séptimo mandamiento del Decálogo. Valmaseda, el único pueblo que lleva el título de villa en todo el distrito, lo justifica bastante bien con su fuerte posición militar escogida, según se cree, por los Romanos, con su antiguo recinto amurado, sus cuatro calles paralelas, sus restos de palacios suntuosos, sus tres puentes de épocas y formas diferentes, signos de una importancia hoy muy decaída. Después, de nuevo los *caseríos* (2) se espacian a lo largo del delicioso valle del Cadagua, verde y florido como un jardín.

Este camino me había conducido por Zalla y Gueñes a Galdames, mi punto de salida. Avancé entonces hacia el norte por el valle de Somorrostro con la curiosidad de visitar el campo de batalla de 1874. La aldea de San Juan de Somorrostro está situada a tres kilómetros del mar, a la izquierda del pequeño curso de agua que le dió su nombre. Ahí tenía su cuartel general el mariscal Serrano el 24 de Marzo, víspera del gran ataque. El río, vadeable casi en todos lados, formaba la línea de demarcación de los dos ejércitos (18)

.....

.....

Dos años después, el valle había recuperado su aspecto apacible y riente; verdes legumbres brotaban sobre las trincheras repletas. No obstante, en los sitios en que la lucha fué más viva, en Pucheta, en Murrieta, la mayoría de las casas esperaban aún a ser reconstruídas; el terreno alrededor estaba erizado de trozos de obuses y, dominando el valle, frente a la ermita de Santa Juliana, la iglesia de San Pedro, completamente en ruinas, irguiendo en el aire límpido su masa informe, rasgada por la metralla.

Mucho tiempo antes que nosotros había este mismo valle presenciado terribles escenas, y más de una vez se mezclaron oleadas de sangre con las frías aguas del arroyo. Ahí vivieron los Salazar, cuyo nombre acude tan frecuentemente en la historia de las guerras

(18) Hay dos páginas dedicadas a describir la batalla. (N. del T.).

de bandos, verdadera familia de gigantes, robustos como robles, bravos como leones, ávidos como lobos, siempre dispuestos a surgir de su castillo para romper una lanza o tentar un golpe de mano. En 1256, dejando Sopuerta, donde se encontraba en poca seguridad, y fiel al consejo que le diera su anciano padre de acercarse tanto como pudiera al mar (porque en él encontraría siempre el medio de pasar su hambre), Juan López de Salazar vino a establecerse a Somorrostro, en el lugar que tomó el nombre de puerto de San Martín, porque las aguas del mar llegaban entonces hasta allí. Dos siglos más tarde, altivo por la riqueza e influencia de que disfrutaba, un Salazar hizo reconstruir el castillo; a los 62 años, tras una vida de gloria y hazañas, fué traidoramente aprisionado por su propio hijo Juan el Moro (19), y fué entonces cuando, para expulsar sus sombríos pensamientos, compuso hacia 1470 su libro, aún inédito (20), titulado *Libro de las buenas andanzas e fortunas* (2), relato de los acontecimientos conocidos por él o desarrollados a su vista. Colocado en un altozano no lejos del camino, el castillo de San Martín de Muñatones es edificio de los más imponentes. Se compone de dos recintos, el primero de 800 metros a la redonda con torre en el centro. Antaño se entraba en éste por una galería o rampa exterior de treinta peldaños situada al lado, pero cuando yo lo visité, hacía nada más que dos meses que, minado por los años y más aún por el abandono, toda una cortina de muro se había derrumbado con estrépito, dejando así a la torre abierta de arriba abajo. Hoy no sin peligro se osa entrar y, cuando los restos de los antiguos techos suspendidos en el vacío, hayan caído a su vez, tan sólo los pájaros tendrán derecho a llegar a él. La altura actual de la torre es de 90 pies; a cierta distancia se distingue un humilde edificio que se reconoce como una ermita por la abertura del pequeño muro en que estaba instalada la campana. Es la antigua capilla de San Martín, ahora transformada en granja. Ahí reposan, a algunos pies del coro, el cronista Lope García de Salazar con buen número de abuelos y descendientes suyos. ¡Ah!, ¿qué hubieran podido pensar aquellos rudos batalladores cuando chocaron dos ejércitos sobre sus tumbas?

(19) Véase el pleito de 1503 publicado por D. Darío de Areitio en la REVISTA INTERNACIONAL DE LOS ESTUDIOS VASCOS, bajo el título «De la prisión y muerte de Lope García de Salazar». (N. del T.).

(20) Esta obra se compone de 25 partes, de las cuales las seis últimas permanecieron inéditas desde 1471 en que se escribieron hasta 1884 en que se publicaron con una biografía del autor, debida a la pluma de D. Antonio de Trueba. (N. del T.).

¿Se estremecerían, sus huesos a la voz del cañón? ¿Reconocerían el ruido del chocar del hierro, el silbido de las balas, los gritos de odio de los vencidos, las quejas de los moribundos? ¿Se convencerían con tanta sangre vertida de que los hombres de nuestra época también saben odiar y matar sañudamente?

Es corto el camino de San Martín al monte Triano, que cierra el valle por el lado meridional. Antiguamente, la familia de los Salazar ejercía un derecho señorial sobre la exportación del mineral. Ese derecho le fué retirado mas tarde por los reyes católicos, y la propiedad de las minas vino a ser, según el fuero (2), enteramente de las comunas, disfrutando del usufructo los explotadores. Sin duda, el hierro en esa comarca sería primitivamente trabajado a brazo, como lo indica el nombre vasco de forja, *olea* (2), que significa *lugar alto* (2). Después se ideó utilizar la fuerza del agua para mover los fuelles y los martillos, reemplazados hacia 1540 por martinetes a la genovesa. La tobera, que atrae el fuego al horno por medio de un conducto, fué introducida en el país desde el siglo XVII; pero la rutina, ese gran enemigo de todas las industrias montadas en pequeña escala, fué la más fuerte, y las ruedas hidráulicas y el fuelle, con ligeras modificaciones, se han perpetuado hasta nuestros días en la mayoría de las forjas de Vizcaya. Sin embargo, la metalurgia del hierro hacía los mayores progresos en Inglaterra y Francia; pronto el hierro del país no pudo sostener más la competencia, ni aun en los mercados nacionales, con el hierro inglés, menos costoso, y las forjas se apagaron poco a poco. Hubiera terminado esa vieja industria si algunos hombres inteligentes, rindiéndose a la evidencia y renunciando a sus errores, no hubieran adoptado decididamente, con o sin perfeccionamiento, el método de los altos hornos. En 1855, los Ibarra crearon sobre el Nervión la fábrica del Desierto, que en cierto modo debía servir de ejemplo y modelo a los industriales del país. Dos años después, en 1857, como la explotación del mineral se hacía en condiciones tan malas como la fabricación del hierro, la Diputación del Señorío tuvo la idea de construir una vía férrea que, sirviendo a los pequeños propietarios de los alrededores, fuera a buscar el mineral al corazón de la mina para conducirlo al lugar de embarque. En el monte Triano, un espectáculo imprevisto llamó la atención a mis miradas; ya no era aquella regularidad metódica que admiré en Galdames, pero ¡qué actividad, qué animación!. La vía férrea no puede, sin duda a causa de las dificultades del terreno, elevarse hasta la cima y se detiene al pie,

en Ortella (sic); se transporta el mineral, a medida que se le arranca de la mina, en anchas carretas arrastradas por bueyes; todo el día esas carretas, en número de más de mil, suben y descienden con rechinamientos quejumbrosos formando una procesión sin fin a lo largo de la cuesta. Obreros están continuamente ocupados en reparar el camino usado por ese frotamiento incesante; a pesar de todo, el terreno no es sino de un polvo en que las ruedas de los carros se hunden hasta el eje y los bueyes hasta las rodillas; un polvo fino, rojizo, procedente de restos impalpables de mineral. Y ese polvo está en todas partes, viéndose el país entero como empolvado: campos, árboles, casas, los menores utensilios de hogar, la piel de los animales y hasta la de las gentes, toda está cubierto de color de orín indeleble. 'Me falta haber visto las minas en tiempo de lluvia, pero me imagino el espantoso lodazal que eso debe formar. A pesar de ello, aún preferiría este aspecto al de las minas de carbón, en que todo es negro como la noche.

La explotación se extiende a varios kilómetros, llevándose a cabo en gran número de puntos al mismo tiempo, independientes unos de otros; toda la montaña es realmente un inmenso bloque de hierro; es tan rico el mineral en ciertos lugares, que tiene el aspecto del metal mas puro. Y así se limitan, allí también, a arrancarlo en bloques por medio de la pólvora; poco a poco, en ese trabajo al aire libre, los obreros habrán hecho desaparecer las antiguas galerías, de las cuales algunas son muy amplias y se remontan a más de veinte siglos. Mientras recojo estos datos, un contraamaestre me hace señal de separarme, pues los agujeros de mina han sido horadados, los petardos están colocados y no queda sino prenderles fuego; a una señal conocida, todo el mundo se aleja y las carretas, que se disponían a pasar más arriba o más abajo, se detienen y forman como una barrera que se aumenta constantemente con las que les siguen. Brotan súbitamente cinco o seis detonaciones precedidas de relámpagos fugaces, y enormes pedazos de peña vuelan por los aires cayendo, saltando y rompiéndose con estrépito; el viento disipa lentamente el humo y se espera aún algunos instantes para que la fila de vehículos reanude su marcha detenida por un momento. A menudo estallan a la vez en varios puntos, el terreno tiembla y la atmósfera queda impregnada de un olor embriagador de pólvora.

Desde hace unas diez horas paseaba yo mi curiosidad en medio de esta gran labor; también yo estaba empolvado de los pies a la cabeza como un obrero. El último cargamento de mineral iba a aban-

donar la estación de Ortella (sic), se me ofreció una plaza para regresar a Bilbao, subí a la plataforma de la locomotora en compañía del mecánico y del fogonero—porque no hay más vagones que los que transportan el mineral—, resonó un silbido prolongado, el tren se conmovió y salimos. ¡Oh!, la hermosa carrera, llena de encanto y de emoción, mientras el viento dando latigazos en mi frente expulsaba hacia atrás mis cabellos y que de abajo, en grandes bocanadas, me llegaba hasta la cara el aliento cálido del horno. De instante en instante abría el fogonero la placa del horno, su ancha pala cargada de hulla se abismaba en el cráter, y la locomotora humeaba estupenda, roncaba y corría. Las sombras del atardecer poco a poco se hacían espesas, y el agujero del cenicero, proyectando su fulgor rojo sobre los rieles, formaba como el único ojo de una bestia enorme cuyo cuerpo se arrastrara en la noche. A medida que avanzábamos, distinguía aquí y allá en la campiña otros ojos parecidos y muy abiertos en la sombra; eran los fuegos de los altos hornos de la fábrica del Desierto, perpetuamente encendidos. Pronto llegábamos; la locomotora, suelta, iba a colocarse a la cola del tren; en seguida, los vagones eran empujados en línea recta hasta el embarcadero y, uno tras otro, por ingenioso sistema de báscula, vertían su contenido a los flancos de un navío que allí esperaba; después, terminada la operación de carga, el navío singlaría al amanecer hacia las costas de Inglaterra. Durante ese tiempo, me apresuré a cruzar el Nervión en un bote y a tomar en la orilla derecha uno de los numerosos coches públicos que diariamente hacen el servicio de Las Arenas a Bilbao.

«Martín de ANGUIOZAR» traduxit

En razón misma de su posición en el centro de una pequeña planicie dominada en tres lados por altos montes, Bilbao se encuentra siempre expuesta en tiempo de guerra. Desde el mes de junio 1835 hasta el de diciembre 1836, sitiada en tres ocasiones por los ejércitos del pretendiente Carlos V, rechazó todos los ataques con heroísmo que le valió del gobierno de la reina Isabel el título de *muy noble, muy leal e invencible villa* (4). En nuestros días, los carlistas hubieran ganado con su posesión, al mismo tiempo que una capital de primer orden y sólida base de operaciones, una garantía llegada a ser necesaria para sus empréstitos en el extranjero. El 29 diciembre de 1873 se supo en Bilbao que el paso del río acababa de ser cortado a cierta distancia con las cadenas de un cable aéreo que poco antes sirvió para transporte de mineral; hacía ya varios meses que la circulación estaba interrumpida sobre la vía férrea. Sin pérdida de tiempo, los carlistas abrieron fuego muy vivo sobre Portugalete que, cortado él mismo en sus comunicaciones por mar, tuvo que capitular; dos destacamentos de tropas, apostados en observación entre Portugalete y Bilbao, tuvieron la misma suerte. El sitio iba a comenzar seriamente. Las fortificaciones, puestas en estado de tales desde principios de verano, consistían en tres fuertes destacados y ocho baterías; todas estas obras estaban por desgracia demasiado próximas a la plaza; la guarnición se componía de dos regimientos de línea y de pequeño número de soldados de las demás armas, mas 400 hombres escogidos de guardia foral; los burgueses de la villa formaron un batallón de milicia que, como sucede en semejantes casos, no tardó en representar el más importante papel en la defensa. Además, toda la población, consagrada desde larga fecha a las ideas liberales, estaba decidida a una enérgica resistencia. La primera tentativa hecha por Moriones para levantar el bloqueo de la plaza por el lado del mar había fracasado miserablemente. Durante ese tiempo los carlistas alzaban encima de la ciudad sus baterías de bombardeo. Sus principales jefes eran Andechaga y el marqués de Valdespina; uno, anciano convencido, austero, veterano de la antigua guerra, que llegó a ser despiadado con la edad, el otro, muy conocido en Bilbao, donde residió mucho tiempo, también honrado, enérgico, pero débil y uniendo a su sordera, que llegó a ser legendaria, una deplorable exaltación de espíritu. El bombardeo comenzó el 21 de febrero y continuó durante cerca de mes y medio con extremo vigor. No contentos con acribillar la ciudad con bombas y obuses, los sitiadores mantenían alrededor de ella una fusilería